

1850

7

ТОЛСТОЙ

АМО
И ГИЛАДО

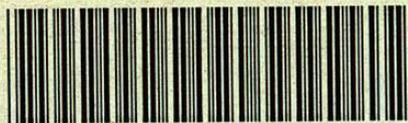
Библиотека
Университета
Историко-филологического факультета
Московского государственного
университета имени
М.В.Ломоносова

PG3367

.S5

A4

100/50



1020025740



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

AMO Y CRIADO

NUM. _____
Núm. Aut. N 7654 a
Núm. Adg. 34903
Precedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 59
Catalogó _____

AMO Y CRIADO

NOVELA RUSA

POR

LEON TOLSTOY

VERSIÓN ESPAÑOLA

de

RAFAEL GUERRERO



100750

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

BARCELONA

Casa Editorial Maucci, Consejo Ciente, 296

BUENOS AYRES

Maucci Hermanos

1070, Ouyo, 1070

MÉXICO

Maucci Hermanos

1.º Del Relox, 1

1899

34903



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona



AMO Y CRIADO

I

El año 1870 próximamente, y tres días después de San Nicolás que era la fiesta de la parroquia, Vassili Andreitch Brekhounov, comerciante de segunda clase, no podía ausentarse del pueblo durante dos días, porque su presencia era indispensable en la iglesia en donde ejercía un cargo, y además porque debía atender á los amigos y parientes que tenía hospedados en su casa.

Mas así que, el último de sus huéspedes partió, Vassili Andreitch, se apresuró á hacer los prepa-

rativos para dirigirse á Goriatchkino, á comprar un bosquecillo que deseaba desde hacía mucho tiempo, á un hacendado de aquella comarca.

Vassili Andreitch tenía mucha prisa, porque temía que algunos negociantes le arrebataran el bosque. El dueño de éste quería 10,000 rublos, tan solo porque Vassili Andreitch le había ofrecido 7,000, y esta cantidad, verdaderamente, no representaba el valor del bosque.

Vassili, esperaba que le rebajaran el precio, porque la situación del bosque era comprometida. Se encontraba en un surco, al cual tenían derecho otros vecinos colindantes, y éstos habían acordado ya no ofrecer mayor cantidad para que su amo no lo vendiera.

Pero habiéndose enterado Vassili, que unos comerciantes querían comprar los árboles de Goriatchkino, se decidió á partir inmediatamente para terminar el negocio cuanto antes mejor.

Así pues, tan pronto como terminó la fiesta, sacó de su caja setecientos rublos, que en unión de dos mil trescientos que pertenecían á la iglesia y de los cuales él era depositario, hacían tres mil, y después de contarlos religiosamente y con escrupulosidad, los guardó en la cartera y se dispuso á partir.

Nikita, el único de los criados de Vassili Andreitch, que aquel día no estaba borracho, se dispuso á enganchar.

Nikita no estaba borracho, no porque no lo fuera, sino porque habiéndose bebido su caftan y sus

botas en los últimos días de carnaval, había hecho voto de no beber y lo iba cumpliendo un mes hacía ya; así es que, aquel día no había bebido, á pesar de la tentación de aguardiente que, con motivo de la fiesta, corría por todas partes.

Nikita era un moujik de cincuenta años, natural de una villa vecina, «mal arrendatario» como de él se decía, y que no pudo pasar la mayor parte de su vida más que sirviendo á alguna persona.

Todo el mundo le apreciaba porque era en extremo trabajador; era hábil y forzado y sobre todo, bueno y honrado. Pero pasaba muy poco tiempo en todas partes porque á lo mejor se emborrachaba, cosa que le ocurría dos veces al año, y algunas veces más, y después de beber todo lo que podía, dábale la borrachera por la pendencia y el escándalo.

El mismo Vassili Andreitch le había despedido varias veces, pero en seguida volvía á admitirle á su servicio, porque su honradez era extremada, y cuidaba muy bien á los animales y, sobre todo, costaba poco.

En vez de darle 80 rublos, que es lo que se paga generalmente á cualquiera trabajador de su clase, no le daba más que 40, y estos mal pagados, en pequeñas cantidades, y la mayor parte de las veces, no en dinero, sino en mercaderías de su tienda, siempre puestas á mayor precio de lo que efectivamente costaba.

La mujer de Nikita, Marpha, fué en otros tiempos una mujer decidida y animosa, y algo le que-

daba aún, y no teniendo nada que hacer, se dedicaba á cuidar de su casa con su hijo y sus dos hijas. Ella no hacía nada por atraer á su marido porque, desde hacía tiempo, veinte años próximamente, ella vivía con un tonelero, vecino de una villa algo distante y que vivía en su casa, y en fin, porque si mucho le quería cuando estaba fresco, más aún le odiaba y le temía cuando había bebido.

* * *

Un día, por ejemplo, que se emborrachó en su casa cuando vivía en compañía de su mujer, Nikita, para vengarse de su eterna sumisión, le había roto el cofre, sacado las mejores prendas y apoderándose de un hacha los hizo pedazos. Por esta razón él no percibía un cuarto, sino que era su mujer la que cobraba el salario de manos de Vassili, y Nikita nunca se opuso á ello.

Por eso, en este momento, dos días antes de la fiesta, Marpha había ido á la casa de Vassili Andreitch y había tomado harina de trigo, té, azúcar, una botella de aguardiente, total 3 rublos de mercancías, que en unión de 5 más en dinero, hacían

ocho, por los cuales daba las gracias al patrón como si la hubiesen hecho un favor grandísimo, cuando después de todo aún debía Vassili Andreitch á Nikita, lo menos 20 rublos.

—Ya ves,—decía el amo al criado,—si entre nosotros hay buenas combinaciones. Tienes necesidad de algo, pues lo tomas, que después pagarás por tu trabajo. En mi casa no es como en otras partes; esperando que se hagan cuentas para cobrarlas después... A mí todo me gusta honradamente y con justicia. Tú me sirves, y yo no te abandono. Tú estás necesitada, pues yo voy en tu ayuda.

Y hablando así, Vassili Andreitch creía á pies juntillos que era el protector de Nikita, y ésta convicción no era solamente del amo sino también del criado.

—Lo comprendo muy bien,—decía Nikita, pero también yo le miro como si fuese á mi propio padre: también comprendo,—añadía,—que Vassili Andreitch me engaña, puesto que no puedo aclarar nunca las cuentas,—y sin embargo seguía tranquilo y sumiso porque no tenía otro puesto á donde irse.

Habiendo recibido la orden de enganchar, Nikita, alegre como siempre, con su paso lento y sus piernas torcidas, se dirigía á alcanzar el pesado arnés de cuero adornado de trozos de madera en forma de bellotas, y entraba en la cuadra en donde estaba el caballo que Vassili Andreitch le había mandado enganchar.

—¿Qué, te enfadas? ¿te enfadas, animal?—decía

Nikita como respondiendo al ligero relincho de alegría con el cual recibió un garañón castaño oscuro, de frente ó testero blanco, mediana talla y grupa baja, que se encontraba en la cuadra.—¡Arre! ¡arre! no tienes prisa, animalito; es preciso darte agua antes,—decía al caballo como si hablara con un semejante, y, con paño de su ropa, limpiaba el grueso lomo de la bestia, en medio del cual se marcaba un surco relleno de polvo, después, pasa el arnés sobre la hermosa cabeza de garañón, enlaza las orejas y el mechón de crin por entre las correas, lo coge de la brida y lo conduce á beber.

Castaño, que así era el nombre del caballo, salió de la cuadra con precaución por encima de un montón de estiércol, piafa, cocea alegremente, demostrando que aguardaba á Nikita que corría á su lado junto al pozo.

—¡Mira el picarillo, mira el picarillo, bribón!—le gritaba Nikita conociendo muy bien la prudencia con la cual Castaño levantaba al aire una de sus patas diestramente para romper solamente la piel de carnero de Nikita, á quien gustaba este juego.

Después de haber bebido agua fresca, el caballo queda un momento inmóvil, sopla sacudiendo sus gruesos labios mojados de los cuales caen gotas transparentes en el abrevadero y bufa.

—¿No quieres más? Bueno, entendido. Pero no pidas nada más,—dice Nikita con aire formal y como queriendo explicar su conducta á Castaño. Después corrió hacia la cochera, tirando de la brida al caballo, que coceaba.

Todos los sirvientes habían salido y no había en la casa más que un extraño, marido de la cocinera, que había venido por la fiesta.

—¿Quiere usted preguntar, amigo mío,—dijo Nikita,—qué trineo es preciso enganchar, si es el grande ó el pequeño?

*
**

Durante este tiempo, Nikita había puesto ya al caballo el collar, amarrado al cabezal de clavos brillantes y llevando de una mano la horquilla pintada de color y conduciendo con la otra al caballo, se aproxima á los dos trineos colocados en la cochera.

—¿El pequeño? ¡Va por el pequeño!—dice haciendo entrar entre los basales al inteligente animal, que todo el tiempo lo pasaba haciendo como que quería morderle. Después, ayudado del marido de la cocinera, procedió á arreglar el tiro.

Cuando todo estaba hecho y dispuesto y no faltaba más que pasar las riendas, Nikita, envió al marido de la cocinera á buscar en el sotechado un saco con granos.

—Ya está aquí y es bueno. ¿Qué tal, eh? está tranquilo,—dijo Nikita tirando en el trineo la paja de avena recientemente apaleada.—Y ahora pongamos el lienzo de estopa y el saco por debajo. Eso es, así se irá bien sentado.

E hizo lo que dijo, arrollando el lienzo alrededor de la silla.

—Ya está bien; gracias, amigo,—dijo entonces. Entre dos, todo se hace más deprisa.

Después desenreda las riendas, las anuda por el extremo libre, y sentándose en el trineo hizo marchar el caballo que no pedía otra cosa, al ver el helado pavimento del arroyo, desde la puerta de entrada de la cochera.

—¡Tío Nikita, tito, eh! ¡Tío Nikita!—gritaba detras de él un rapazuelo de siete años de edad, vestido con una capilla negra, calzado con borceguíes blancos especiales, completamente nuevos y forrados por dentro de lana, que se había lanzado á la puerta de la calle tan pronto como oyó el ruido del trineo.

—Déjame montar,—decía con voz chillona y abotonándose más de prisa el capisallo que le servía de abrigo.

—Bueno, ven, ven, palomo mío,—dijo Nikita que paró el trineo é hizo subir al niño de su amo; la cara del chico se iluminó de alegría: después, Nikita, atravesó la puerta cochera.

Eran las dos de la tarde: helaba y la temperatura era de 12 grados. El cielo estaba muy nublado y el viento cada vez más fuerte.

En medio de la calle no se sentía el viento, pero fuera de la villa era insoportable; del techo de la casa vecina echaban la nieve sin interrupción en medio del arroyo, formando un gran montón que dificultaba el paso.

Apenas Nikita salvó el corto trecho que había entre la cochera y la casa de Vassili Andreitch, paró el carruaje á la puerta de éste, se puso el cigarro en la boca, apretó la correa que oprimía á su cintura el cuerpecillo de piel de carnero y saltó sobre el escalón de la casa cubierto totalmente de nieve, que hacía crugir con sus enormes zapatos.

Nikita tenía ambos carrillos, rojos del frío, abrigados solamente por los bigotes y el cuello por unos paños forrados que era lo único que le impedía á la nieve hacer de las suyas con el pobre criado.

—¡Mire usted que listo! hélo aquí en el trineo,—dijo Nikita señalando al niño y enseñando los dientes mientras rela.

Vassili Andreitch estaba más contento que de ordinario, por el aguardiente que había bebido con los convidados. Por esto todo le parecía más agradable y no se incomodaba por nada.

Su cabeza y sus espaldas estaban completamente ocultas por un chal de lana, hasta el punto de que no se le veían más que los ojos; la mujer de Vassili Andreitch, que estaba en cinta y tan pálida como delgada, acompañó á su marido hasta la puerta, á donde esperó verle subir al trineo.

—Bien harías en que te acompañara Nikita,—le

dijo á su esposo adelantándose hacia él con cierta timidez.

Vassili Andreitch no contestó, limitándose á escupir con aire de despreocupado.

—Llevas dinero,—continuó la esposa casi llorando,—y además puede levantarse una borrasca. ¡No, por Dios, no vayas solo!...

—¿Por qué? ¿no conozco acaso el camino, para necesitar guía?—dijo al cabo haciendo gestos en él muy característicos, sobre todo cuando se dirigía á los compradores en su establecimiento.

—Hazme el favor; te lo suplico,—insistió la mujer con tono cariñoso.

—¡Oh, la cobarde!... ¿Pero dónde voy á meterlo?

—¡Bah, bah!... no se preocupe de eso, Vassili Andreitch, yo estoy pronto,—dijo alegremente Nikita,—pero que no olviden, añadió, en mi ausencia dar de comer á los caballos.

—No tengas cuidado, Nikita; encargaré de ello á Semen.

—Bueno, ¿quedamos en que voy?—dijo Nikita á Vassili Andreitch.

—Vamos allá y demos gusto á la vieja. Solamente se me ocurre que vas á tener frío. Ponte una capa un poco más gruesa,—dijo Vassili Andreitch, fijándose, con una sonrisa burlona, en la pelerina rota y sucia que llevaba puesta Nikita.

—¡Eh, camarada, ven á sujetar el caballo!—gritó Nikita dirigiéndose al marido de la cocinera que estaba en el patio.

—Yo, puedo tenerlo yo,—exclamó el rapazuelo,

hijo de Vassili, sacando las manos heladas del bolsillo.

—No tardes mucho en arreglarte ahora. Anda, vivo,—dijo el amo.

—Un segundo; no más de un segundo, Vassili Andreitch,—dijo Nikita dirigiéndose al patio con sus piernas torcidas penetrando en el cuarto de los criados.

—Vamos, mi chiquita Arina, sácame mi kaftan, que acompaño al patrón,—dijo al entrar en el cuarto de los criados, desabrochándose el cinto.

La cocinera, que había echado un sueño después de la comida y que preparaba á esta hora la comida para su marido, acogió con risas la petición de Nikita, y ganosa de complacerle, se levantó de su asiento, quitó de detrás de las sartenes un kaftan de paño viejo muy usado que se estaba secando, y lo sacude para quitarle las arrugas.

—Más viva estarás aún para distraerte con tu viejo,—le dijo Nikita que tenía costumbre de soltar alguna paparrucha más ó menos inocente cuando se veía complacido.

Púsose el kaftan, y después se apretó con el cinto el vientre, ya de suyo bastante comprimido.

—Así estaré bien,—dijo, no á la cocinera, sino mirándose la cintura en donde se metió el extremo del cinto.—Así no te aflojarás.

Alzó y bajó los brazos para ver si podía moverse con soltura, dobló la parte baja del kaftan para evitar las manchas y tiró en el armario los mitones que usaba.

—Ahora sí que estoy bien,—dijo dirigiéndose hacia la puerta.

—Debías abrigarte más,—le dijo la cocinera,—tus botas están muy malas.

Nikita se detuvo como si recordara alguna cosa.

—Verdaderamente, me haría falta... ¡Bah, bien está así; vamos cerca.

Y salió corriendo.

—¿No tendrás frío, Nikita?—dijole la patrona, cuando éste se hubo aproximado al trineo.

—¿Cómo, frío? Tengo mucho calor,—respondió Nikita, arreglando la paja que iba en el suelo del trineo para calentar los piés, y escondió el látigo porque no tenía necesidad de él con tan buen caballo como el que llevaba.

Vassili Andreitch había montado ya; con la ropa de abrigo que llevaba puesta iba ocupado todo el trineo, cogió las riendas y arreó al caballo.

Nikita, apoyando el pié en el bozal derecho, saltó al otro lado y allí fué sentado durante el camino.



II

El excelente garañón llevaba el trineo con tal ligereza que parecía patinar sobre la superficie helada del camino.

—¿Y tú, que haces? Dáme el látigo Nikita—dijo Vassili Andreitch, todo ufano porque su hijo se había subido sobre los patines traseros del trineo.

—Espera un poco y verás: ¿quieres escapar para la casa, hijo de perro...?

El chico saltó ligero abajo. Castaño aceleró la marcha y cargó al trote.

La encrucijada donde se encontraba la vivienda de Vassili Andreitch sólo tenía seis casas. Desde que los viajeros habían pasado la altura, aperci-

biéronse de que el viento era más fuerte de lo que habían pensado. No se veía el camino: con el viento habían desaparecido las huellas de los patines, y únicamente se sabía cual era el camino, porque las aceras estaban más elevadas.

La nieve, remolineando en el aire ocultaba por completo la línea del horizonte.

La selva de Geliatino que ordinariamente se veía muy bien, se percibía vagamente á través de la densa polvareda nevosa.

El viento silbaba viniendo de la izquierda, con obstinación, y siempre en el mismo sentido, levantando la crin sobre el hermoso cuello de Castaño, y la cola, así como el cuello de la capota de Nikita, vegeta por ese lado, y echándose sobre la cara.

—No puede correr mucho, porque nieva demasiado—dijo Vassili Andreitch, vanagloriándose de su caballo.—Un día fui con él á Pachontino, y me llevó en media hora.

—¿Qué?

—A Pachontino, me llevó en media hora este caballo.

—No hay que decir nada de él, es un buen caballo—contestó Nikita.

Hubo un pequeño silencio, pero Vassili Andreitch, tenía comezón de hablar.

—Oye, ¿has dicho á tu mujer que no le dé aguardiente al tonelero?—dijole Vassili Andreitch, no dudando que Nikita se enorgullecería mucho de que le dirigiese la palabra un hombre tan impor-

tante y tan inteligente, por más que esta inteligencia no hubiera llegado hasta el punto de comprender que la conversación empezada no podía ser del agrado de Nikita.

Con el ruido del viento, no entendió Nikita las palabras de su patrón.

Vassili Andreitch, repitió su galantería alzando la voz para que le oyese Nikita.

—Que Dios les perdone, Vassili Andreitch, yo no me ocupo de las cosas de mi mujer. Conque no me maltrate á la chica, estoy contenta y gracias.

—Tienes razón—dijo Vassili Andreitch.—¿Y el caballo, qué tal? Lo comprarás por primavera?—y pasó de una conversación á otra.

—Sería preciso—respondió Nikita levantándose el cuello del caftán y prestando oídos á su amo.

*
**

Esta vez, como la conversación le interesaba, quiso oirla bien.

—El pequeño es ya grande y precisa que ladre, porque hasta aquí hemos alquilado un obrero—añadió.

—Bueno; toma el caballo pio, que no te lo venderé caro—gritó Vassili Andreitch con animación porque entraba en su negocio favorito; la chalanería.

—O bien me da V. una quincena de rublos y yo me compraré un caballo en el mercado—dijo Nikita, sabiendo verdaderamente, que el precio del caballo, del cual quería deshacerse Vassili Andreitch, no excedía de siete rublos y que su amo le pondría lo menos veinticinco, dejándole sin dinero por espacio de seis meses.

—El caballo es bueno, y te lo digo por tu bien, honradamente y sin egoísmos. Brekhounov no busca á nadie á quien engañar. Prefiero dar de lo mío á tener que vivir de lo ajeno, como hacen otros. En mí, no hay egoísmos—exclamó con esa entonación que usaba cuando hacía el artículo de su tienda.—El caballo es bueno.

—Seguramente—dijo Nikita suspirando y convencido de que era inútil escuchar más tiempo, volvió á subirse el cuello del kaftán, cubriéndose el pescuezo y las orejas.

Media hora continuaron su ruta sin hablar ni una palabra.

El viento helaba el brazo y el costado izquierdo de Nikita, introduciéndose por los desgarros del kaftán.

Se apretaba el abrigo como Dios le daba á entender, y soplabá contra el cuello del kaftán para ver si así podía calentarse con su mismo aliento.

—¿En qué piensas? ¿Debemos pasar por Kara-

mychevo, ó seguimos todo derecho?—preguntó Vassili Andreitch.

El camino hasta Karamychevo estaba más frecuentado y se distinguía por las enormes piedras que le bordeaban, indicando la dirección, pero era más largo, mientras que, tomando el camino directo se llegaría más pronto. Esto tenía un inconveniente y era que, la nieve había cubierto por completo este camino y no había trazas ni huellas de trineo alguno.

Nikita reflexionó un instante.

—Es más léjos por Karamychevo pero está más transitable—dijo.

—Sí, pero tomando todo el camino derecho, estamos seguros de no equivocarnos, una vez que hayamos pasado el barranco—dijo Vassili Andreitch, que deseaba llegar lo más pronto posible.

—Como V. quiera—respondió Nikita volviéndose á levantar el cuello.

Vassili Andreitch, tomó todo el camino adelante y después de una media vuelta junto á un enorme roble cuyas hojas temblaban agitadas por el viento, volvió á tomar la izquierda. Entonces se encontró con que el viento le daba en la cara, y pequeños copos de nieve comenzaban á caer. Vassili Andreitch que guiaba, soplabá su bigote creyendo que así entraría en reacción. Nikita se dormía.

En silencio, avanzaron durante diez minutos. Después, Vassili Andreitch, dijo algo que no se oyó.

—¿Qué?—preguntó Nikita abriendo los ojos.

Vassili Andreitch no respondió. Se inclinaba para ver que le ocurría al caballo, porque á pesar de marchar al paso, iba totalmente cubierto de sudor.

—¿Y bien, qué?—repitió Nikita.

—¡Que, que!...—contestó Vassili Andreitch con enfado;—ya no se ven las pisadas; seguramente hemos equivocado el camino.

—Páre el caballo, que yo buscaré el camino.

Y Nikita saltando del trineo y cogiendo el látigo que iba en el fondo del carruaje con la paja, se dirigió hacia la izquierda del lado á donde había ido sentado.

La nieve, este año, no era tan espesa, de modo que, podía andar por todas partes. Por algunos lados, le llegaba hasta las rodillas y entraba por los agujeros de las botas de Nikita: andaba vagando, sondeando con los pies y con el látigo, pero el camino no se encontraba.

—¿Qué hay?—preguntó Vassili Andreitch cuando Nikita volvió al trineo.

—Por este lado, no hay camino, veremos por el otro.

—Por aquí se distingue algo oscuro; vé á verlo.

Nikita se aproximó al extremo indicado. Era que el polvo levantado por el viento ensuciaba la nieve y la daba un tinte oscuro.

Después de buscar hacia la derecha, Nikita volvió, sacudió la nieve que había caído en su ropa, echó fuera la que tenía dentro de las botas y volvió al trineo.

—Es preciso ir por la derecha—dijo con decisión. Para ir bien, el viento debe soplar de la izquierda, de modo que, interin este me dé en los hocicos, vayamos por la derecha.

Vassili Andreitch obedeció y dirigió el trineo á la derecha.

Ya no se veía el camino.

Así fueron durante algún tiempo.

El viento no cesaba y la nieve continuaba cayendo.

—Yo creo, Vassili Andreitch que continuamos perdidos—dijo Nikita repentinamente, hasta con cierta satisfacción.

—Pero... ¿qué es aquello?—añadió señalando á un montón de hojas negras de patatas, que distinguió á través de la nieve.

Vassili Andreitch, detuvo al caballo que estaba lleno de sudor, y cuyos hijares se agitaban del cansancio.

—¿Qué indica eso?

—Indica que estamos en el campo de Zakharovka... he aquí donde estamos.

—No es verdad—dijo Vassili Andreitch que había renunciado por el momento á su tono habitual para hablar simplemente como un monjik.

—Yo no miento, Vassili Andreitch; esta es la verdad. No oye V. el ruido que produce el trineo sobre este campo sembrado de patatas. He ahí el montón de hojas que han echado. Este es pues el campo del molino de Zakharovka.

—Mira á donde hemos venido á parar;—exclama Vassili Andreitch.—¿Qué hacemos ahora?

—Seguir derecho, derecho el camino y nada más. Ya llegaremos á alguna parte—respondió Nikita—sino llegamos á Zakharovka, llegaremos á la granja.

Vassili Andreitch siguió el consejo y dejó al caballo seguir el camino indicado.

*
* *

Así fueron bastante tiempo. Pasaron unas veces por campos desnudos en los cuales los sureos y los montones de nieve, estaban cubiertos de barro; otras veces por campos cubiertos de rastros de trigo de otoño ó de primavera, sobre los cuales

brotaban, á pesar de la nieve el ajeno y la paja que azotaba el viento; y otras veces, en fin, corrían sobre nieve espesa, por todas partes blanca y sobre la cual, nada se veía.

La nieve caía desde lo alto, y se elevaba desde abajo. Les parecía con frecuencia, que subían ó bajaban cuestas. Otras veces creían estar parados y que el campo de nieve corría por debajo de ellos.

Los dos guardaban silencio.

El caballo estaba visiblemente cansado, cubierto de espuma y de sudor. Iba al paso. De pronto, brinca y resbala en una barranca.

Vassili Andreitch quiso sujetarle. Nikita le detuvo.

—¡No lo pares, porque es preciso salir de la barranca! ¡Arre, arre, arre! ¡Arre, hijo mío!—gritó alegremente al caballo, saltando del trineo y ayudando desde el suelo para que pudiera salvar el escollo.

El caballo tira y sube la pendiente helada.

—Pero ahora, ¿dónde estamos?—preguntó Vassili Andreitch.

—Vamos á saberlo. Arréelo, que ya llegaremos á alguna parte.

—Pero ese debe ser el bosque de Goriatchkino—replicó Vassili Andreitch, señalando una masa oscura que comenzaba á destacarse á través de la nieve.

—Cuando hayamos llegado allí, veremos si es el bosque—dijo Nikita.

Vela perfectamente que, al costado de aquella masa negruzca revoloteaban hojas secas y se divisaban algunos arbustos, comprendiendo que no podía ser un bosque y si un caserío por más de que no quería decirlo.

En efecto, apenas habían atravesado una veintena de metros, la silueta de los árboles se dibujaron con alguna claridad, y se figuraron oír, mezclado con el ruido del viento, un son melancólico.

Nikita no se había equivocado. No era un bosque sino una larga fila de arbustos, que conservaban aun algunas hojas que movía el viento.

Estos arbustos estaban evidentemente plantados á lo largo de una de esas zanjas que rodean los cercados donde se ponen las piedras de molino.

Al llegar á los arbustos, que gemían melancólicamente empujados por el viento, el caballo, levantó de repente las manos á mayor altura que el trineo, levanta después las patas y cesa de tener nieve hasta las rodillas. Había encontrado el camino.

—Ya hemos llegado—dijo Nikita—¿pero á dónde? Eso es lo que no sabemos.

El caballo, sin obedecer indicación alguna cogió el camino enterrado bajo la nieve, y apenas hubo corrido una veintena de metros, ya se distinguía una línea negra que era la valla de una granja.

Un poco más léjos, el camino volvía del lado del viento, y el caballo se metió en un montón de nieve; pero se apercibía un paso entre dos casas, de

modo que, aquella nieve resultaba manifiestamente, que había sido amontonada allí, para dejar libre aquel otro camino.

En efecto; después de atravesarlo, penetraron en una calle.

Cerca de la primera casa, el viento sacudía violentamente la ropa blanca tendida en una cuerda: una camisa encarnada, otra blanca, calzones, trozos de paño con los cuales se envuelven los pies la gente del campo, sirviéndole esto á modo de calcetines y un jubón. La camisa blanca, sobre todo se agitaba pendiente de las mangas.

—Mire la mujer perezosa,—dijo Nikita—como no sea que haya estado mala, no tuvo limpia la camisa para la fiesta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A la entrada de la calle, el viento aún se hacía sentir y levantaba la nieve, pero en medio del pueblo, se había calmado y hasta hacía calor.

Cerca de una casa, ladraba un perro; cerca de otra, una mujer cubriéndose la cabeza con una capa de hombre, salía á la puerta presurosa para ver á los viajeros.

Se escuchaban cantos de gente moza.

—Pero ¿es éste Grinschkino?—dijo Vassili Andreitch.

—Sí, éste es Grinschkino,—contestó Nikita.

Y en efecto, lo era.

Los viajeros, habiéndose pues descarrilado del camino hacia la izquierda, habían perdido ocho

horas, que eran precisamente las que habían andado al azar, de modo que de Grinschkino en donde se encontraban á Goriatschkino, había aún cinco horas.

En el pueblo encontraron á un valiente que marchaba por en medio de la calle.

—¿Quién va?—gritóle deteniendo el caballo; pero reconociendo á Vassili Andreitch, se aproximó al trineo y apoyando la mano encima de los bozales se sentó á la derecha.

Era éste el moujik Issaï, muy renombrado en todos los alrededores como el primer ladrón de caballos de la comarca, y conocido de Vassili Andreitch.

—¿Y á dónde le encamina Dios?—dijo Issaï á Vassili Andreitch, dándole á Nikita con el aliento una tafarada de aguardiente.

—Ibamos á Goriatschkino.

—¿Y ha venido usted á parar aquí? Ha debido pasar por Malakhovo.

—Sí, hemos dudado, pero no hemos podido,—dijo Vassili deteniendo el caballo.

—Este caballo es bueno,—replicó Issaï examinando á Castaño, y con un gesto que le era familiar apretó el nudo de la cola del caballo que estaba flojo, y lo levantó.

—¿Duerme usted aquí?—le preguntó.

—No, hermano; me es preciso partir en seguida.

—¿Es forzoso? ¿Y éste, quién es? ¡Ah! Nikita Stépanitch.

—¿Y quién otro podía ser?—dijo Nikita.—Escu-

che con frecuencia, mi amo, cómo hemos de hacer para no perdernos de nuevo.

—¿Y cómo te habías de perder? Vuelve grupa y vete derecho por la calle. Después, saliendo del pueblo, marcha siempre derecho. No tires á la izquierda, y cuando estés en la carretera entonces puedes volver á la izquierda.

—¿Pero la vuelta de la carretera es la del estío ó la de la primera?—preguntó Nikita.

—La de invierno. Cuando estés allí verás arbustos y en frente de éstos una larga hilera de robles: éste es el camino.

Vassili Andreitch volvió grupas y atravesó el pueblo.

—¿Y por qué no hace noche aquí?—le dijo por último Issaï.

Vassili no contestó: cinco leguas de buen camino y dos de ellas por medio del bosque le parecían poca cosa, tanto más cuanto el viento y la nieve parecían cesar.

Después de haber salvado de nuevo la calle, bien plana para los trineos y cubierta por aquí y por allá de estiércol nuevo, y pasado la casa cerca de la cual se secaba la ropa y donde la camisa blanca no estaba pendiente más que por una manga, se aproximaron de nuevo á los arbustos, sitio en donde el viento continuaba gimiendo, y se encontraron de nuevo en el campo.

La tempestad de nieve, lejos de calmarse, parecía aumentar más y más. El camino desaparecía completamente y no se podían guiar más que por

las piedras, medio también muy difícil, porque dando el viento de cara, se hacía imposible fijar la vista en nada.

Vassili Andreitch, con los ojos medio cerrados, se inclinaba para ver las piedras, pero lo más corriente era que se guiase por el caballo. En efecto, éste, sin tener que prestar obediencia ya á nadie, corría lo mismo hacia la derecha que hacia la izquierda, según las dificultades que encontraba en el camino. Así pues, á pesar de la nieve que caía y del viento que arreciaba por momentos, de cuando en cuando se veía alguna que otra piedra.

Apenas hacía diez minutos que marchaban así, cuando, de pronto, aparece una mancha oscura que se movía por delante del caballo. Era un trineo que le precedía y que iba en la misma dirección. Castaño lo había barruntado y comenzó á acortar el paso.

—¡Paren... delante!... gritaron desde el trineo. Vassili Andreitch obedeció.

Iban en ese trineo tres moujiks y la mujer de uno

UNIVERSIDAD DE MONTE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

* * *

de ellos. Seguramente eran invitados que regresaban de la fiesta. Uno de los moujiks pegó con un palo en la culata del caballo; los otros dos, sentados en el suelo del trineo, gritaban con los brazos abiertos. La mujer, toda cubierta de nieve, permanecía impassible en la parte trasera del trineo.

—¿De dónde son ustedes?—les gritó Vassili Andreitch.

—¡De A...a...a...!—se entendió solamente.

—¿De dónde?

—¡De A...a...a...!—gritó con todas sus fuerzas uno de los moujiks, á quien tampoco pudo entenderse una palabra.

—¡Está bien! ¡Que sigan buenos!...

—Seguramente vienen de la fiesta.

—¡Adelanta... adelanta... Semka!... Vuelve ahora... así...

Los trineos parecían ir paralelos un instante, después se separaron más, y por último el de los moujiks quedó detrás.

El caballo, que era ventruado y de largos pelos, cubierto todo de nieve, bufaba y parecía apurar sus últimas fuerzas corriendo sobre la nieve. Su cabeza, evidentemente joven, con el labio inferior algo caído y semejante al de los pescados, las ventanas de la nariz dilatadas y las orejas juntas por los extremos, indicando miedo, se mantuvo durante algunos segundos á nivel de la espalda de Nikita; después fué perdiendo gradualmente el terreno.

—He ahí lo que hace el aguardiente,—dijo Nikita,—han hecho caer al caballo... ¡Ah... los asiáticos!...

Algunos instantes después se oía aún la agitada respiración del caballo y los gritos aguardentosos de los moujiks; en seguida, todo se perdió en lontananza. Nada escucharon ya, si no era el horrible silvar del viento en las orejas y alguno que otro ligero movimiento en el trineo, debido á la desigualdad del camino.

Este encuentro animó y dió valor á Vassili Andreitch, y esta vez, sin buscar con la vista las piedras del camino, fustigó al caballo, fiándose de él.

Nikita, nada tenía que hacer y se quedó medio dormido.

*
**

De pronto, el caballo se detuvo: á Nikita le faltó poco para caer de cabeza.

—Creo que hemos perdido esta vez el camino,—dijo Vassili Andreitch.

—¿Y por qué lo creéis?

—Porque no se ven las piedras: creo que nos hemos separado del camino.

—Pues, nada, si nos hemos separado, preciso es dar con él,—dijo simplemente Nikita.

Bajó del trineo, y con el paso lento propio de sus piernas torcidas, comenzó á sondear la nieve.

Largo tiempo anduvo buscando, desaparecía y volvía á aparecer, hasta que por fin se aproximó á Vassili Andreitch y le dijo:

—Por aquí no hay camino: puede que esté más lejos.

Y volvió á subirse en el trineo.

Comenzaba á oscurecer; la borrasca no aumentaba, pero tampoco disminuía.

—¡Si al menos oyéramos los gritos de esos moujiks!...—exclamó Vassili Andreitch.

—¡Oh, estamos muy separados de ellos!... ¡O bien son ellos los que se han perdido!—dijo Nikita.

—¿Qué hacer, entonces?

—Es preciso dejar al caballo que marche por donde quiera y así nos buscará el camino. Dadme las riendas.

Vassili Andreitch se las entregó gustoso, porque ya se le iban helando las manos, á pesar de llevarlas abrigadas con los guantes.

Nikita no guiaba; tenía las riendas en las manos sin hacer ningún movimiento, guiado solo por la inteligencia de su caballo favorito.

En efecto, el caballo, moviendo las orejas lo mismo para un lado que para otro, modificó poco á poco la dirección de su carrera.

—¡No le hace falta más que hablar!—decía Nikita;—mira, mira lo que hace...

El viento venía ya de detrás y no molestaba tanto.

—¡Qué inteligente es!..—dijo Nikita con satisfacción.—El otro esmu y fuerte, pero es de una raza demasiado torpe. Mira, mira éste, como mueve las orejas: no tiene necesidad de telégrafo; barrunta á una legua de distancia.

Media hora no había pasado, y, en efecto, una línea negra apareció á la vista: ¿era un bosque, ó un pueblo? Fuera lo que fuese, las piedras estaban á la derecha del camino; evidentemente habían dado con él.

—¿Pero éste es aún Grischkino?—dijo de repente Nikita.

*
*
*

Y así era, en efecto; á la izquierda veíase la misma granja en donde caía tanta nieve, y más lejos, la misma cuerda, con la ropa tendida, que el viento sacudía con tanta rabia.

De nuevo se internaron en la calle, y comenzaron á sentir la calma y el bienestar; de nuevo veíase la calle cubierta de estiércol y se escuchaban las mismas voces, los mismos cantos y los ladridos de los perros.

Había anochecido y el resplandor de las luces, recientemente encendidas, se veía por detrás de las ventanas.

En medio de la calle, Vassili Andreitch dirigía el caballo hacia una gran casa de dos pisos, fabricada de ladrillos, parando delante de la puerta cochera.

—Llama á Tarass,—dijo á Nikita.

Este se aproximó á una ventana cuyos cristales, empañados por la nieve, no dejaban pasar los rayos de las luces que dentro ardían. Nikita golpeó con la manga de su kaftan.

—¿Quién va?—contestaron.

—Somos de Kresk. Estos son los Brekhounos, amigo mío. Abre un instante.

En el interior alguien se apartó de la ventana, y casi al mismo tiempo se escuchaba abrir un postigo, apareciendo un moujik viejo, con barba blanca, cubierto con un gorro enorme, la capa echada hacia atrás, permitiéndole verse una blusa blanca propia de días de fiesta, seguido de un joven con blusa encarnada y botas.

—Sean bienvenidos,—dijo el viejo.

—Nos hemos extraviado, hermano,—dijo Vassili Andreitch.—Ibamos á Goritschkino y hemos venido á aparecer en su casa. Es la segunda vez que nos apartamos de aquí.

—Pétrouschka, ve á abrir la puerta,—dijo el viejo, volviéndose hacia el joven de la blusa encarnada.

—Con mucho gusto,—respondió amablemente el joven.

—Es que no nos detenemos para dormir aquí,—dijo Vassili Andreitch.

—¿Y dónde vas á ir durante de la noche? Que- darse aquí...

—Bien, gracias, pero no es posible; urge partir pronto.

—Entonces entrad y os calentaréis: la comida estará pronto.

—No rechazo el calentarme: entretanto, se ale- jarán las sombras del crepúsculo y saldrá la luna á alumbrar el camino. Vamos, Nikita, entremos á calentarnos.

—¿Por qué no?—dijo Nikita aterrado de frío y que, en efecto, tenía necesidad de calentar á la lumbre sus miembros entumecidos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO
* * *

Vassili Andreitch siguió al viejo y Nikita entró con el trineo por la puerta cochera que acababa de abrir Pétrouscka. Siguiendo las indicaciones del joven, puso el caballo al abrigo del cobertizo de la cochera.

El suelo de ésta estaba cubierto de una espesa capa de estiércol.

Al entrar el trineo, tropezó con uno de los maderos que sirven de puntales á las vigas del techo, y de repente, el gallo y las gallinas posados en ella, sacudidos por el choque, comenzaron á clo- quear con disgusto. Los carneros, alarmados, co- rrieron por todas partes, y por fin fueron á parar al mismo sitio donde estaban. Un perrillo acogió este ruido con un ahullido desesperado.

Nikita dirigió á aquella sociedad de animales pa- labras de consuelo: escusóse con las gallinas, di- ciéndoles que no las haría daño; reprochó á los car- neros el infundado temor que demostraron, y re- convino al perro interín ataba al caballo.

—Ya está: perfectamente,—decía Nikita sacu- diéndose la nieve que llevaba en las ropas.—¡Mira el vocinglero!—continuó dirigiéndose al perro.— ¡Calla, calla, tontito!... te estás desguijarando y nosotros no somos ladrones.

—Esto es como aquello de los tres consejeros,— dijo el joven Pétrouschka, ayudando á colocar el trineo bajo el cobertizo.

—¿Qué consejeros son esos?—preguntó Nikita.

—Son los protagonistas de un libro de Paülson. Un ladrón se aproxima, sin ser visto, á una casa; el perro ladra, como queriendo decir: ten cuidado; el gallo canta y dice: levántate; el gato maula y significa: un huésped va á venir, prepárate para recibirle bien,—decía sonriendo el joven.

Pétrouschka era instruido y sabía casi de memo- ria el libro de Paülson, el único que tuvo y que- ría, sobre todo cuando echaba un trago, como era

de costumbre; entonces, citaba las máximas que él creía más apropiado.

—Es verdad,—dijo Nikita.

—Tienes frío, según presumo,—añadió Pétrouschka.

—Sí, un poco,—exclamó Nikita.

Y ambos atravesaron el patio y entraron en la planta baja de la casa.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LECHE
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BEYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

La casa donde estaba alojado Vassili Andreitch, estaba habitada por una familia de las mejor acomodadas del pueblo.

Esta familia poseía cinco lotes de tierra y tenía algunos más que alquilaba. Tenía seis caballos, tres vacas, dos terneras y veinte carneros.

Dicha familia se componía de veintidós personas: cuatro hijos casados, seis hijos pequeños, de los cuales sólo Petronschka estaba casado, dos hijastros, tres huérfanos y cuatro menores con los niños.

Esta era una de esas familias raras que no se habían partido las tierras del patrimonio. Pero aquí la influencia disolvente y la animosidad entre

34 903

las mujeres, aunque ocultas, debía fatalmente aparecer y contribuir á las particiones.

Dos hijos trabajaban en Moscou como aguadores, y otro era soldado: habiendo pues en este momento, en la casa, el viejo, la vieja, el hijo menor, ó sea el que por allí hace las veces de padre cuando la edad de este es muy elevada, un hijo recién llegado de Moscou con motivo de las fiestas y todas las mujeres y los niños.

Aun había uno más: era un huésped, un noble de Polonia, que vivía cerca.

En la habitación, sobre la mesa, había suspendida del techo, una lámpara con su correspondiente reflector iluminando las tazas del té, una botella de aguardiente, los «hors-d'œuvre,» los ladrillos rojos del muro y las imágenes colocadas en el lugar de preferencia y entre grabados.

En el mejor sitio y junto á la mesa, estaba sentado Vassili Andreitch, despojado ya del enorme capotón de abrigo, secándose los bigotes, húmedos por la nieve y examinando la habitación y sus moradores con ojos de buitre. A su lado, se encontraban, el viejo de la barba blanca, y de cráneo calvo, tejida su cara, y á su lado, el hijo recién venido de Moscou, con sus poderosas espaldas, cubiertas con una blusa de indiana fina; en fin, el otro hijo, el mayor, que dirigía la casa y el noble, seco y delgado con sus cabellos rubios.

Los monjiks, después de haber bebido aguardiente y comido un pedazo de cualquiera cosa, se preparaban para tomar el té.

El puchero hervía cerca del fuego y al rededor de la chimenea estaban sentados los chiquillos y las mujeres.

La vieja, cuya cara estaba surcada por infinidad de arrugas, hallábase colocada junto á Vassili Andreitch.

En el momento en que Nitika entró en la habitación, la vieja le ofreció un grueso cubilete lleno de aguardiente.

—Pruébalo Vassili Andreitch—dijo el viejo—tú no puedes rehusarlo en tiempo de fiesta.

La vista y el olor del aguardiente, sobre todo en aquel momento, en que se encontraba tan fatigado, impresionó vivamente á Nikita. Frunció el entrecejo, sacudió la nieve de su gorro y de su kaftan, púsose delante de las imágenes, y como si nadie le viera ni le rodeara, se santiguó tres veces.

Después se volvió al viejo, lo saludó así como á todos los que estaban al rededor de la mesa, deseóles una fiesta alegre y se quitó la capa sin mirar la mesa.

—¡Que lleno estás de nieve!—dijole el hijo mayor, mirándole la cara y la barba á Nikita.

Este se quitó después el kaftan, lo sacudió de nuevo, lo colgó cerca de la chimenea y se aproximó á la mesa.

Entonces le ofrecieron aguardiente. Hubo en Nikita un momento de lucha, terrible; hubiera querido bebérselo de un sorbo, pero miró á Vassili Andreitch, recordó el sermón que le había echado,

de las botas que se había bebido en casa del tonelero, de su mozo, á quien había prometido comprar un caballo en la primavera, suspiró y no quiso aceptar la bebida.

—No quiero, gracias—dijo poniendo mal gesto y se sentó en el banco que había junto á la ventana.

—¿Por qué no?—le preguntó el hijo mayor.

—No quiero, porque... no quiero—respondió Nikita sin levantar los ojos y mirándose con dificultad los pequeños copos de nieve que tenía en los extremos del bigote.

—No debe beber—dijo Vassili Andreitch, mordiéndole una rosquilla para poder pasar el aguardiente.

—Entonces té—dijo la amable vieja. Debes estar muy helado, pobre amigo. ¡Eh, vosotras, mujeres, qué esperáis hacer con vuestra samovar!

—Enseguida—contestó una joven, y quitando de su bandeja el samovar que hervía, lo llevó con dificultad y lo puso bruscamente sobre la mesa.

*
* *

Entretanto Vassili Andreitch contaba con toda clase de detalles, cómo se había perdido dos veces

y cómo había vuelto á pasar al mismo sitio; también se acordaba del encuentro con los moujiks borrachos.

Los oyentes se distraían también escuchando el relato y comentando por donde debieron ir los viajeros para perderse dos veces y aparecer allí: también hacían suposiciones sobre quienes serían los borrachos que se encontraron en el camino: después dijeron á los viajeros cómo y por dónde debían caminar.

—Hasta Moltchanovka un niño puede ir sin necesidad de que le acompañen. No tiene más que torcer al llegar á la carretera junto al matorral—decía el starote.

—O bien dormir aquí. Las mujeres le harían una cama—dijo la vieja con tono persuasivo.

—Y muy tempranito podéis seguir el camino. Eso sería lo mejor—añadió el viejo.

—Imposible, hermano. Tengo negocios urgentes—respondió Vassili Andreitch—una hora que me retrasara no la podría luego recuperar en un año—añadió, refiriéndose al bosque, á los tratantes que podían jugarle una mala pasada.—¿Pero llegaremos bien, verdad?—y se dirigía á Nikita.

Este no contestó en el acto porque estaba distraído arreglándose la barba y quitándose la nieve.

—¡Quiera Dios que no volvamos á perdernos—contestó Nikita con gravedad.

Estaba de mal humor, porque le había atormentado la vista del aguardiente, y el té que podía

hacerle entrar en reacción, aun no se lo habían servido.

—Pero si no hay más que llegar hasta la vuelta, y desde allí, ya se sabe, no es posible perderse, porque la foresta la tenemos al lado.

—En fin, Vassili Andreitch, si hemos de partir, partamos—exclamó Nikita tomando el vaso de té que le ofrecían.

—Pues tomemos el té, y en camino.

*
* *

Nikita no respondió: inclinaba la cabeza para tomar el té sorbo á sorbo, y cuando descansaba, calentaba sus manos con el humo que salía del té. Después tomó un terrón de azúcar y dirigiéndose á los presentes, exclamó:

—A vuestra salud!

Y concluyó de beberse el té que le quedaba.

—Si alguien quiere acompañarnos hasta la vuelta,—dijo Vassili Andreitch.

—Eso puede hacerse—contestó el hijo mayor—Petrouschka enganchará y os conducirá hasta la vuelta.

—Engancha entonces, y te lo agradeceré.

—No, hijo mío; quédate aquí.

—Petrouschka, anda á lo que te he dicho.

Está bien—dijo Petrouschka, alcanzando su gorro y corriendo hacia el patio.

Durante este tiempo, la conversación volvió al punto en que se encontraba cuando llegó Vassili Andreitch. El viejo se quejaba al staroste del olvido en que le tenía su hijo, pues no se había acordado de enviarle regalo alguno para la fiesta, mientras él, le había mandado un fichú francés para su esposa.

—Los jóvenes del día, no respetan á los viejos—dijo.

—Es verdad—contestó el staroste—no hay manera de convencerlos. Cada día son peores. Mire á Demotchkine que ha roto un brazo á su padre. Comienzan á insurreccionarse.

Nikita no perdía ni un solo detalle de la conversación, pero no se mezclaba en ella. Concretábase á escuchar, mientras tomaba una taza detrás la otra, abrigándose de este modo el estómago.

Todas las conversaciones giraban sobre el mismo tema, y aunque estas no eran académicas, tenían grandísimo interés para aquella familia, pues todo arrancaba de que el segundo de los hijos había pedido la partición del patrimonio. El estaba presente, pero no alternaba en la conversación, limitándose á escuchar como Nikita. Tampoco hubiera querido la familia sacar á colación semejante asunto delante de personas extrañas, pero no había podido sustraerse.

El viejo, por último, con la voz tomada por la emoción, declaraba que, mientras viviera, no consentiría que se partiese el patrimonio, porque su casa no carecía de nada y de otra forma, ninguno tendría lo necesario.

—Ocurriría lo que á la casa Matveier—dijo el staroste.—Era una casa fuerte, pero cuando se separaron sus miembros, nadie tuvo nada.

—¿Es eso lo que tú quieres, hijo?—dijo el viejo dirigiéndose á aquel que solicitaba la partición.

El hijo no respondió ni una palabra: aquel silencio bochornoso, fué interrumpido por la presencia de Petrouschka que habiendo enganchado ya, volvió al lado de la familia y escuchó religiosamente.

* * *

Después de una breve pausa exclamó:

—Aquí ocurre lo que en *Poulson*. Hay una fábrica—dijo—en la cual el padre manda á sus hijos destrozarse un haz de espigas. No pudiendo hacerlo de una vez, comienzan á destrozarse espiga por es-

piga.—Aquí ocurre lo propio—continuó sonriendo. Estoy á las órdenes.

—Puesto que todo está ya, partamos—dijo Vassili Andreitch. En cuanto á las particiones no ceda abuelo: tú lo has ganado, tú eres el amo. Y si quieres evitarte disgustos, vé á casa del juez de paz.

—Está tan grosero, tan grosero, que no hay manera de alternar con él—dijo el viejo refiriéndose al hijo.

* * *

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Entre tanto, Nikita, que ya había terminado con el quinto vaso de té, esperaba que se lo volvieran á llenar, pero el samovar estaba vacío y no pudo satisfacerse su deseo.

Vassili Andreitch púsose el abrigo y ya estaba dispuesto á partir. Nikita púsose de pie después de arrojar al azucarero el trozo de azúcar que tenía en las manos, dispuesto á endulzar otro poco de té, secóse el sudor de la frente con el paño de la ropa, y se dirigió á su kaftan.

Después de ponérselo, exhaló un profundo suspi-

ro, dió las gracias á todos, los saludó y pasó de la habitación clara y saliente al vestibulo oscuro y frío, en donde la nieve penetraba por las rajás de las puertas.

Desde allí salió al patio oscuro.

Petrouschka, abrigado ya, esperaba en medio del patio, cerca de su caballo, recitando, sonriente siempre, trozos de *Poulson*. Decía:

«La tempestad oculta el cielo
los copos de nieve se arremolinan.
Las ráfagas de viento bufan como venados,
luego llora como un niño.»

Nikita movía afirmativamente la cabeza y cogía las riendas.

El viejo, acompañando á Vassili Andreitch, salió al vestibulo llevando una linterna para alumbrar el camino, pero la luz se apagó por el viento. En el patio mismo, podía comprenderse, que la tempestad arreciaba cada vez con más furia.

—¡Qué tiempo;—pensaba Vassili Andreitch;—es posible que no lleguemos, pero qué hacer? Los negocios son antes que todo. En fin, ya me he levantado para marchar, y los caballos están enganchados. Adelante, y con la ayuda de Dios, ya llegaremos.

El viejo, no desconocía la imprudencia de Vassili Andreitch, obstinándose en marchar, pero ya había hecho lo posible por detenerlo, sin poderlo conseguir.

No habían querido escucharlo.

—Puede ser decía—que porque soy viejo, tenga miedo. ¡Ya llegarán! ¡Después de todo, nosotros nos acostaremos como de costumbre y lo demás no nos importa.

Petrouschka, veía también lo peligroso que era salir á aquella hora; tenía un poquito de miedo, pero por nada del mundo lo hubiera demostrado.

Hacia el valiente, y los versos aquellos de... «Los copos de nieve se arremolinan,» le daban fuerza, para hacer experimentar á los osados viajeros, las desdichas de lo que había de pasarles.

En cuanto á Nikita, como hacía mucho tiempo ya, que no tenía voluntad propia, nada le importaba marchar ni quedarse.

Nadie, pues, detuvo á los viajeros.



V

Vassili Andreitch se aproximó altanero, á tientas: montó y cojió las bridas.

—¡Andando!—gritó.

Petronschka, de rodillas en su trineo. soltó las riendas á su caballo. Monkhort, que relinchaba al poco tiempo porque delante de él, sentía á un burro, arrancó de pronto y todos salieron á la calle.

Atravesaron otra vez el pueblo siguiendo el mismo camino, y pasando por el lado de la casa en donde habían visto tendida la ropa blanca que no se distinguía ya, por delante del mismo cobertizo, casi cubierto ahora por la nieve, los mismos arbus-tos que se inclinaban por la fuerza del viento que silbaba con más furia y produciendo un ruido enorme.

El viento era tan fuerte que cuando salieron al camino, empujaba los trineos con violencia y hacían patinar á los caballos.

Petionschka, hacía caminar el caballo detrás de la burra, y de vez en cuando le aceleraba dándole gritos apropiados. Monthorty seguía á la burra sin vacilar.

Al cabo de diez minutos, Petronschka, se volvió gritando alguna cosa que ni Vassili Andreitch ni Nikita pudieron comprender, á causa del ruido que producía el viento.

Pero comprendieron que habían llegado á la vuelta del camino.

En efecto, Petronschka, volvió á la derecha y el viento que me venía de costado, comenzó á azotarme la cara. En aquel mismo sitio se distinguía un bulto negro: era el matorral que indicaba el camino.

—¡Anda con Dios!

—Gracias Petronschka.

—«La tempestad oculta el cielo» gritaba Petronschka y desapareció.

—Mira qué poeta—dijo Vassili Andreitch y sacudió las bridas, sobre el caballo.

—Sí, un buen muchacho, un verdadero moujich contestó Nikita y continuaron el camino.

Nikita se acurrucó como pudo dentro de su káftan: escondía la cabeza entre los hombros, y permanecía inmóvil, temeroso de perder el calorciello que el té había vuelto á su cuerpo.

En esta posición, veía siempre delante, los bara-

les del trineo que semejabán los bordes de un camino llano. Veía la grupa del caballo y el nudo que llevaba en la cola, el lomo cubierto de nieve, la cabeza moviéndose acompasadamente y la crin flotando al viento. De vez en cuando veía las piedras, lo cual le probaba, que aquel era el camino y que no se equivocaban esta vez, ni tenían porqué disgustarse.

* * *

Vassili Andreitch, había dejado flojas las bridas, con objeto de que el caballo siguiera el camino derecho. Castaño que después de descansar, se sentía con deseos de trabajar un poco, apretaba el trote como si quisiera correr todo el camino en un instante, á Vassili Andreitch tuvo que sujetarle varias veces.

Iba contento, porque veía á la derecha é izquierda las piedras que indicaban el camino, y como á lo lejos una línea negruzca,—este es el bosque—exclamó y lleno de alegría arreaba más y más el caballo.

Esta alegría fué muy breve, porque más próxi-

mo ya al sitio, vió que lo que el suponía el bosque, no era otra cosa que un matorral, y pasados algunos metros ya no existían las piedras ni trazas de bosque.

Sin embargo, no desesperó por eso.—Ya debe estar próximo el bosque, me decía, y animado por el té y el aguardiente, arreó de nuevo al caballo.

El valiente animal, dócil, obediente y andando unas veces al paso y otras al trote, seguía la dirección indicada.

Diez minutos transcurrieron y el bosque no aparecía.

—Me parece que nos hemos perdido otra vez—dijo Vassili Andreitch deteniendo el caballo.

Nikita no contestó ni una sola palabra. Apretó su kaftan contra el cuerpo; escondió de nuevo la cabeza entre los hombros y comenzó á buscar por la nieve.

Fué de un lado, del otro, apareciendo y desapareciendo. Al cabo de un rato se perdió de vista. Volvió por fin y tomando las bridas del caballo, dijo á Vassili Andreitch:

Es preciso ir hácia la derecha—y dirigió al caballo por el sitio indicado.

—Marchemos por la derecha—dijo Vassili dándole las riendas á Nikita y escondiéndose las manos entre el forro de las mangas.—¡Si al menos condujeran á Grischtrino?

Nitrite, no respondió.

—¡Vamos adelante, valientel—gritó al caballo.

Este marchaba con mucha dificultad: iba al paso, porque la nieve le llegaba hasta las rodillas y el trineo se enterraba poco á poco.

Nikita, cogió el látigo y fustigó al animal. El valiente Castaño, que no tenía costumbre de sentir golpes sobre el lomo, hizo un brusco movimiento, cogió el trote, pero de pronto, cambió otra vez y marchó al paso.

Así fueron durante cinco minutos. Estaba oscuro y la nieve se arremolinaba en el aire y en el suelo, hasta el punto de no distinguirse nada. El tronco, parecía inmóvil sobre la nieve: este semejava correr, por debajo del trineo.

* * *

De pronto paróse el caballo notando bajo sus pies que se movía el terreno. Nikita saltó á tierra enseguida, abandona las riendas y se dirige hácia la cabeza del animal para reconocer la causa del contratiempo, pero apenas hubo dado un paso delante del caballo, perdió terreno y rodó á un hoyo profundo.

—¡Sujételo! ¡Sujételo! ¡Sujételo!—decía Nikita mientras bajaba rodando al hoyo, y haciendo grandes esfuerzos por sujetarse, cosa que no consiguió hasta llegar al fondo y quedar sepultado en una espesa capa de nieve.

Quebrantado por la caída de Nikita, un témpano de nieve que había al borde de aquel hoyo, rodó también y le cubrió casi por completo.

—¡Socorro! ¡Socorro!... Por vida de...!—gritó Nikita luchando desesperadamente con la nieve.

—¡Nikita ¡eh Nikita!—exclamaba Vassili Andreitch.

*
**

Pero Nikita no contestaba.

No tenía tiempo: seguía luchando con la nieve, y buscaba el látigo que había perdido en la caída para apoyarse en él. Desembarazado un poco, comenzó á subir aquella resbaladiza pendiente, pero perdía el equilibrio ó resbalaba y volvía de nuevo otra vez al fondo de aquel abismo. Comenzó luego y tras lucha empeñada á subir á cuatro pies la pendiente, y cada vez que se apoyaba, la nieve se hundía, pero al fin pudo conseguirlo tras mil intentos y formas. Cuando salió de allí, no vió ni al caballo ni al trineo, pero como marchaba contra el viento, oyó los gritos de Vassili Andreitch y los relinchos de Castaño que parecía llamarle.

—¡Voy, voy!—contestaba Nikita.

Y haciendo esfuerzos por vencer la resistencia del aire, llegó á donde se encontraba Vassili Andreitch que le pareció entonces más grande que de ordinario.

—¿Dónde diablo te has metido? Es preciso algún camino, aunque este sea el de Grischkino,—decía malhumorado el amo al criado.

—Me alegraría mucho volver, Vassili Andreitch, pero ¿por dónde? Hay por aquí un hoyo tan profundo que es en donde he caído, que la salida es muy difícil. Creí dejar allí la piel.

—¿Pero qué vamos á hacer? Aquí no podemos quedarnos. Hay que ir á alguna parte—dijo Vassili Andreitch.

Nikita no respondió.

Subió al trineo, dando cara al viento. Quitóse las botas para echar fuera la nieve que llevaba, é introdujo en ellas un poco de paja para preservar el pié de la humedad.

Vassili Andreitch permaneció callado, como para dejar á Nikita en libertad de obrar.

Este después de prepararse, cubrióse las piernas con paja, abrigóse el cuello para que el aire no le azotara, cogió las bridas y dirigió el caballo por el camino no del torrente.

Apenas hubo andado cien pasos. detúvose el caballo de nuevo; estaban en el mismo sitio por donde rodó Nikita.

Este se apresuró á bajar del trineo: buscó inútilmente por todas partes y se apresuró al fin á ponerse al lado del caballo.

—Vassili Andreitch,—preguntóle:—¿vives aún?

—Sí; contestó, aquí estoy.

Es imposible buscar nada porque no se vé y á lo mejor tropieza uno con un despeñadero.

Es preciso seguir siempre la dirección del viento.

*
**

Volvieron á partir, Nikita volvió á luchar sin encontrar nada; internábase en la nieve, salía de ella y extenuado de cansancio, sin alientos ya para proseguir al lado del trineo.

—¿Qué hay?—preguntó Vassili Andreitch.

—Que no puedo más, ni el caballo tampoco.

—¿Qué hacer entonces?

—Espera un poco.

—Nikita se separó y volvió al poco tiempo.

—Sígame—dijo á Vassili Andreitch cogiendo al caballo por el bocado, Vassili Andreitch, sin oponerse, siguió las indicaciones de Nikita ya no hacía más que lo que este le decía.

—¡Por aquí siempre!—gritó Nikita arrancando al caballo y corriendo hacia la derecha. A los veinte pasos Castaño había visto una verdadera montaña de nieve.

No podía salir de allí: hacia esfuerzos supremos, sudaba como un condenado: todo era inútil.

—¡Abajo del trineo!—gritó Nikita á Vassili Andreitch que continuase dentro.

Y sin esperar más, Nikita se cojió á uno de los barales del trineo y lo suspendió cuanto pudo.

—¡Por vida de..!—decía mirando al caballo—
¿Pero qué haremos? ¡Vamos allá Castaño ¡Arre!
¡Arre..! ¡un poco más.

El caballo hizo esfuerzos titánicos una vez y otra, pero no salía de la nieve, unía las orejas y olía la nieve, como si reflexionase sobre la gravedad del caso.

—¡Vamos Castaño, esto no es posible!—decía Nikita para convencer al caballo—¡Vamos de nuevo! ¡un tirón más!...

Nikita volvió á cojerse de uno de los barales del trineo. Vassili Andreitch del otro: el caballo sacudió la cabeza é hizo un esfuerzo.

—¡Arre! ¡Arre! ¡No te morirás por eso!—gritó Nikita

El caballo dió un salto, ayudado por Nikita, y después de tirar con todas sus fuerzas, pudo al fin salir del inmenso montón de nieve, parándose después y respirando fuertemente.

Nikita quiso llevarle más adelante, pero Vassili Andreitch, agobiado por el peso de la ropa que llevaba encima, no podía dar un paso, y se dejó caer en el trineo.

Déjame respirar—dijo quitándose la manta con que se abrigaba el cuello.

—Mejor es: puedes quedarte allí que yo guiaré caballo.

Y dejando á Vassili Andreitch recostado en el trineo, cojió al caballo por las riendas, y le hizo dar diez ó doce pasos más; deteniéndole de nuevo.

Nikita detuvo el trineo en una hondonada del camino; á la derecha había un montecillo que le servía de abrigo, así es que, una vez allí, parecía resguardado del viento, aunque duró bien poco porque la tempestad como para impedir aquel momento de reposo, comenzó con violencia á remolinar la nieve y á soplar de una manera inconsolable.

Uno de esos golpes de viento, cogió á Vassili Andreitch en el instante de bajarse del trineo é ir á incorporarse á Nikita para estudiar la posición que ocupaban. Vassili y Nikita se abrazaron para resistir el aire.

Castaño se aproximó también cuanto pudo al trineo y dobló las orejas contra el cuello.

Cuando hubo calmado el viento un poco, Nikita se quitó los guantes de piel, los guardó sujetándolos en la correa que llevaba á la cintura, soplóse las manos y desató las bridas del collarón del caballo.

—¿Pero qué haces?—preguntó Vassili Andreitch.

—Desenganchar ¡No puedo más! contestó Nikita excusándose.

—¿Pero no hemos de poder llegar á ninguna parte?

—No: fatigaremos inutilmente al caballo. Mira

en el estado que está el pobre.—Y Nikita señalaba á Castaño, cuyos hijares chorreaban sudor y se agitaban ya dificultosamente.—Es preciso pasar aquí la noche—decía con la misma naturalidad que si se encontrara á la puerta de un mesón, y empezó á desenganchar la caballería, del trineo.

—Pero... ¿moriremos de frío aquí?—gritaba Vassili Andreitch.

—¡Puede ser! ¿Pero qué quieres que hagamos, cuando ya lo hemos hecho todo?—respondió Nikita.



VI

Vassili Andreitch, con el excesivo abrigo que llevaba tenía calor, y sobre todo después de los esfuerzos que acababa de hacer para ayudar á Nikita á sacar de la nieve el trineo, sintió estremecimientos de frío, al pensar que hubiera de pasar allí la noche.

Para tranquilizarse, sacó de su bolsillo los cigarrros y las cerillas y se acurrucó en el trineo de la manera más cómoda que pudo.

Nikita acababa de desenganchar el caballo. Quitóle después la barriguera y los tirantes, el collarón y las bridas y empezó á hablar con él para darle valor.

Vamos, ven para acá,—le decía, haciéndole salir dentro los bozales del trineo.—Te ataremos aquí y te pondré debajo un poco de paja para que

entres algo en calor,—é iba haciendo estas operaciones á medida que las decía.—Ya comerás y se te quitará la tristeza.

Pero Castaño no parecía convencerse con los discursos de Nikita; píaaba, arrinconándose contra el trineo, volvía la grupa al aire y se frotaba la cabeza con el cuerpo de Nikita.

Sin embargo, como si no quisiera despreciar la paja, bajó la cabeza, cogió en la boca gran cantidad, y después de masticar un poco, no le pareció oportuno pensar entonces en la comida. Dejóla caer y bien pronto el aire la llevó á gran distancia. Un momento después, la nieve la había cubierto por completo.

—Vamos á establecer ahora una señal,—dijo Nikita volviendo hacia el aire la parte delantera del trineo, dejándolo con los bozales hacia arriba.—Cuando la nieve nos cubra, gracias á los bozales, podrán descubrirnos los caminantes y nos desenterrarán. Así nos lo enseñaron á hacer nuestros mayores.

Vassili Andreitch no cesaba de encender cerillas para encender el cigarrillo, sin que pudiese conseguirlo; sus manos temblaban y el viento apagaba la luz de la cerilla sin darle tiempo para aproximarla al cigarro. Al cabo de un rato pudo conseguir encender una cerilla, á favor de la cual vióse el forro de las mangas, las manos que temblaban, una sortija de oro y el abrigo cubierto totalmente de nieve.

Fumó con fuerza dos ó tres veces, pero apenas hubo echado la bocanada de humo, el viento le

arrancó la lumbre del cigarro, llevándosela á distancia.

Sin embargo, aquellas dos fumadas parecía que le habían confortado.

—Puesto que hemos de pasar aquí la noche, acostémonos,—dijo con decisión.

Después, viendo levantados los bozales del trineo, concibió la idea de hacer más comprensible á Nikita la señal que éste había puesto para conocer si cambiaba el aire.

—Escucha,—dijo quitándose la bufanda que llevaba puesta al cuello,—yo voy á colocar aquí una bandera.

Quitóse los guantes, subióse todo lo que pudo para alcanzar al extremo de los bozales, y anudó fuertemente la bufanda.

—¿Ves, como está bien?—dijo Vassili Andreitch satisfecho de su obra y metiéndose en el trineo.—Más calor y mejor abrigados estaríamos si pudiéramos estar juntos, pero ya ves, no hay sitio para ambos.

—Ya encontraré yo donde meterme,—respondió Nikita; pero ante todo es preciso echar algo sobre el lomo del caballo. El pobre animal está sudando. Levántate un poco, díjole á Vassili Andreitch, dirigiéndose hacia el sitio que éste ocupaba en el trineo y sacándole de debajo una tela de saco.

Después la dobló por la mitad y la echó sobre Castaño.

—Ahora sí que vas á estar abrigado, buen amigo.

—¿Le hace falta el otro pedazo de saco que lleva ahí? Pues entonces deme una poca de paja,—díjole Nikita á Vassili Andreitch.

Cogió ambas cosas y se volvió detrás del trineo; allí, resguardado algo del viento, hizo un pequeño hoyo en la nieve, lo llenó de paja, y después de meterse hasta las orejas el gorro, se sentó, cubriéndose con el trozo de saco.

Vassili Andreitch movió la cabeza en señal de desaprobación por lo que hacía Nikita, como siempre había hecho por desaprobar la ignorancia y rudeza de los moujiks.

Vassili Andreitch dispúsose á dormir. Al efecto, extendió la paja por el trineo, metió las manos en las boca-mangas del kaftan y echó la cabeza en un rincón para guardarse del aire.

No podía dormir: reflexionaba sobre el único punto que le había llamado la atención toda la vida, y que constituía para él la felicidad, la alegría, los goces materiales y morales. El dinero. Pensaba en lo que no había ganado aún, pero que podía ganar con el tiempo; pensaba también en las cantidades que habían ganado otros y que él quería ganar todavía.

—Las encinas servirán para hacer patines y las maderas de armadura; éste es un negocio seguro; en maderas cortadas habrá unos trescientos metros cúbicos por hectárea,—calculaba sobre el producto de las maderas que iba á comprar.

«Y lo que es diez mil rublos no se los doy; bastante tiene con ocho mil, y no estarán contados los sitios en donde el arbolado no exista. Yo daré una propina al agrimensor; por ciento ó ciento cincuenta rublos, me adjudicará cinco hectáreas de terreno que no entrarán en la cuenta, y el propietario se contentará con ocho mil. Yo le pongo en segui-

da tres mil rublos delante de las narices y le conquistaré seguramente. Así pensaba Vassili Andreitch, mientras tocaba con el codo la cartera que tenía el bolsillo.

»¡Pero cómo habremos equivocado el camino! No acierto á comprenderlo. Debía estar por ahí la floresta, el bosque, y nada se vé. Ni siquiera se escuchan los ladridos de los perros. Esos malditos no ladran cuando hace falta.»

Levantó la cabeza un poco y se puso á escuchar y á mirar por todas partes. En aquella densa obscuridad solo percibía la silueta del caballo; su cabeza y el lomo, sobre el cual se agitaba la tela de saco con que le había tapado Nikita. Solo el viento se dejaba oír con silbidos que aterraban y los copos de nieve que caían sobre el trineo. De nuevo se tapó.

—¡Si yo me hubiese quedado en Grischkino!...

»Pero en fin, mañana llegaremos. De todos modos, no habremos perdido más que un día, y no había de darse la casualidad de que por tan poco tiempo, se adelantasen los otros á comprar lo que yo deseo.

En seguida vino á su memoria que para el día 9 debía cobrar el precio de los animales que había vendido al carnicero.

—Prometié venir él mismo y no me encontrará en casa. Mi mujer no sabrá hacerle pagar. ¡Cuidado que es ignorantel... No sabe vivir,—se decía recordando la manera que tuvo de recibir al comisario de policía la víspera de la fiesta.

»Es claro: una mujer que no se ha educado. ¿Y cómo, en una casa como la de sus padres?...

»Su padre, un rico moujik de la ciudad, todo lo más poseedor de un molino pequeño y malo y una posada: hé ahí todo lo que tendría; mientras que yo, ¿qué no habré hecho en quince años?

»Un comercio de ultramarinos, dos tabernas, un molino, un comercio de trigo, dos propiedades en arriendo, una casa con su granja cubierta de hierro,—enumeraba con orgullo Vassili Andreitch.—¿Quién no conoce en toda la región á Bechkounov?

»¿Y por qué? porque he pensado en mis negocios y me he decidido y esforzado para conseguir lo que tantos otros, en vez de dedicarme á dormir ni ocuparme de tonterías. Yo no duermo de noche, aunque sople el viento, la nieve caiga en grandes copos ó haga buen tiempo, yo me pongo en camino; los negocios han de cuidarse así. Pensar que todo se consigue sin preocuparse, es un disparate: el que se divierte mucho, no gana dinero. No: á trabajar, á romperse la cabeza, aunque haya imbécil que se mofe de la constancia.

»Hé ahí los Mironov, que tienen muchos millones... ¿por qué? porque han trabajado, y que Dios se los recompense. Yo no quiero más que salud, porque con ella, ya me agenciaré lo otro.»

Y al pensar solamente que podía llegar á ser millonario como Mironov, que empezó por no tener nada, le excitaba hasta el punto de que sentía deseos de expansión y no tenía con quien hablar. ¡Ah, si hubiese podido llegar hasta Goriatchkin!... Le hubiese hablado al amo, y le habría hecho ver lo blanco, negro.

«Y cómo sopla el viento,—decía oyendo que se

movía el trineo, impulsado por la tempestad de nieve y aire.

«¿Por qué escuché á Nikita? Era preciso continuar, y habríamos llegado á alguna parte, aunque hubiese sido á Grischkino, y hubiéramos dormido en casa de Tarass, mientras que ahora, hemos de pasar aquí toda la noche...

»Pero... ¿qué es lo que yo estaba pensando antes?... ¡Ah, sí, sí! que Dios recompensa al que trabaja, y no á los vagos, á los tontos ó á los imbéciles.

»¡Si yo pudiese fumar!...»

Se incorporó apoyándose sobre el codo, sacó un cigarrillo, agachando la cabeza para encenderlo, y el viento, metiéndose por todas partes, le apagaba una tras otra todas las cerillas, hasta que, por fin, pudo conseguir encenderlo, cosa que le puso muy alegre.

Verdad es que el viento fumaba más que él, y á las pocas fumadas terminó. Se arrimó de nuevo en el ángulo del trineo, se abrigó, se puso á pensar y á soñar y concluyó por dormirse á medias.

De pronto, sintió algo así como un golpe y se despertó. ¿Era que Castaño amontonando la paja había dado con la cabeza en el trineo, ó que se había movido algún objeto extraño? Se levantó asustado y oprimido el corazón, registró con la mirada y no vió nada nuevo. Todo estaba igual. Solo la claridad era más grande.

—Esa es el alba,—se dijo;—ya no puede tardar el día.

Después reflexionó que aquella claridad debía ser la de la luna, que salía.

Se levantó de nuevo y miró al caballo. Estaba en igual posición: la grupa vuelta al viento, temblando de frío y con la manta caída á un lado y cubierta de nieve.

Después miró por detrás del trineo y vió á Nikita; estaba en la misma postura. El aire se le había llevado la tela de saco con que se había cubierto, y una espesa capa de nieve le cubría las piernas.

—¡Estaría bueno que el moujik muriese helado, y fuese yo el responsable!... ¡Está tan fatigado de lo que ha corrido... y sin embargo su cofre no está repleto,—y Vassili Andreitch tuvo la idea de quitarle al caballo el trapo que le servía de manta y cubrir á Nikita... ¡Pero hacía tanto frío para moverse!...

—¿Por qué haberle hecho caso á su esposa? ¡Es tan ignorante!—se decía pensando en su mujer, y se dejaba caer de nuevo en el rincón del trineo.—Y pasará una noche en la nieve y no le pasará nada, mientras que á Sebastián tuvimos que sacarle helado y tieso como un garrote...—pensaba recordando otro caso por el estilo.—Yo he debido quedarme en Grischkino, y no hubiera pasado nada de esto.

Se apretó las ropas con que se cubría para no perder el calorillo que sentía, se tapó perfectamente de la cabeza á los pies y cerró los ojos para probar si dormía.

Pero, á pesar de todos sus esfuerzos, el sueño no venía, sino que por el contrario, cada vez se sentía más excitado.

Y comenzó á soñar pensando en las venturas que le aguardaban, en los beneficios que obtendría y

que le hacía sentir admiración por sí mismo, orgulloso de la situación á que llegaría seguramente. Esto, no obstante las inquietudes que de vez en cuando sentía, por no haber llegado á tiempo á Grischkino. Se movía, buscando nuevas provisiones dentro del trineo, acomodándose y burlando al viento, y sin embargo, siempre se encontraba mal. Cruzaba las piernas, las apartaba después, cerraba los ojos y nada, siempre intranquilo, molesto; fueran los pies que comenzaban á helársele dentro de las botas, fuese el viento que siempre encontraba por donde entrar, ello es que Vassili Andreitch cada vez se encontraba peor y se acordaba con pena de los ofrecimientos que le habían hecho en casa de su amigo para pasar la noche, y que no aceptó. Ello es que no paraba de moverse, volviéndose para todos los lados.

Por un momento, Vassili Andreitch creyó escuchar un canto de gallo á lo lejos. Esto le dió alegría, y se destapó un poco las orejas para escuchar con atención, pero nada volvió á oír que no fuese el ruido que el viento producía entre los bozales del trineo.

Nikita continuaba en la misma posición, sentado, sin moverse y sin contestar á Vassili Andreitch que le había llamado dos veces.

—No se mofa de mí, duerme,—se decía Vassili Andreitch, mirando al sitio hacia donde estaba Nikita, todo cubierto de nieve.

Vassili Andreitch se levantaba y se acostaba veinte veces seguidas. La noche le parecía interminable.

—El día no debe tardar ya,—pensó levantando-

se y mirando á su alrededor.—¡Si yo viera mi reloj! pero hace demasiado frío para desabrocharme. Sin embargo, si yo supiera que se aproximaba el día, cobraría valor y nos pondríamos á enganchar.

Verdaderamente, Vassili Andreitch sabía que el día no se aproximaba, ni con mucho, y cada vez se impacientaba más y tenía más miedo, hasta el punto de no querer mirar el reloj.

Por fin, desabrochó su ropa y metiendo la mano buscó mucho tiempo antes de tropezar con el chaleco. Con mucho trabajo pudo dar con su reloj de plata esmaltada con flores azules, pero sin luz no pudo distinguir la hora.

De nuevo se acostó boca abajo, sacó las cerillas, encendió con mucha precaución una de ellas y con fortuna, porque pudo ver el cuadrante del reloj, pero no quería darle crédito á lo que había visto. ¡Eran las doce y diez minutos de la noche! Quedaba aún media noche por delante.

—¡Oh, qué larga es esta noche!—pensaba Vassili Andreitch, á la par que sentía frío por todo el cuerpo. Se abrigó cuanto pudo y se acomodó en el trineo.

De pronto, entre el ruido monótono de la tempestad, se figuró oír un eco nuevo y viviente. Este eco aumentaba progresivamente, lo mismo que disminuía después. No cabía duda: era un lobo. Hasta adivinaba cuando abría y cerraba la boca por el ruido que producía. Vassili Andreitch levantó la cabeza para oír con atención. Castaño tampoco perdía ripio, pues no hacía más que mover las orejas y golpear con los piés en el trineo, como queriendo avisar á su amo.

Después de este incidente, Vassili Andreitch ya no podía dormir ni estar sosegado. Quería volver á pensar en su fortuna presente y en la venidera, pero el miedo no le dejaba en paz, y todas sus reflexiones se reducían en maldecir el no haberse quedado en Grischkino á pasar la noche.

—Después de todo, ¿qué me importa la madera? Gracias á Dios, tengo bastantes negocios sin ese otro. Yo debí quedarme. Se dice que, por lo regular, son los borrachos los que mueren de frío, y á fé de Dios que yo he debido beber esta noche más de lo necesario.

Y observándose á sí mismo, notó que temblaba, aunque no sabía si era de frío ó de miedo.

Probó abrigarse y permanecer acostado como anteriormente, pero le era imposible continuar allí; quería bajar del trineo, hacer algo, á fin de ahuyentar el miedo, que cada vez era más grande y ya le martirizaba.

Sacó los cigarrillos y las cerillas, pero de éstas no le quedaban ya más que tres y todas malas: los fósforos no se encendían.

—¡Qué el diablo te lleve, maldita!—exclamó sin saber á quien se dirigía, partiendo el cigarro entre los dedos y arrojando muy lejos la cafa de fósforos.

Era tal la inquietud que le embargaba, que no podía estar tranquilo dentro del trineo.

Bajó de él, y volviéndose de espaldas al viento, apretóse el cinturón que llevaba á la cintura.

—¿Por qué permanecer acostado y aguardar impasible la muerte? Montaré el caballo y á caminar, —dijo de repente.

«El caballo, montado, no se parará en ninguna parte. En cuanto á él,—y se refería á Nikita,—poco le importa morir. ¡Qué le espera en la vida! No la sentirá perder; mientras que yo, gracias á Dios, tengo de qué vivir.»

Y desatando á Castaño, le colocó las bridas y se dispuso á montar, pero no pudo.

Después, subióse en el trineo para desde allí montar con más facilidad, pero el trineo resbalaba un poco, y tampoco pudo conseguirlo. Otra prueba bastó para subirse sobre el caballo. La velocidad del salto; hizole caer montado sobre el cuello del animal, pero poco á poco pudo ponerse en el lomo. Valido de los correones que sujetaban los bozales del trineo, apoyó en ellos sus piés á guisa de estribo.

Al brincar desde el trineo al caballo, despertó á Nikita. Este se incorporó. Vassili Andreitch creyó oírle murmurar algunas palabras.

—Si no te hubiese escuchado no sería tan imbécil como tú. ¿Qué? ¿Vale más correr el riesgo de morir helado que hacer algo por evitarlo?—exclamó Vassili Andreitch.

Después arrojó sobre sus rodillas el abrigo que llevaba, hizo volver al caballo y partió en la dirección por donde él suponía que debía estar el bosque.



VII

Desde que se hubo sentado detrás del trineo, y cubierto con la tela de saco, Nikita no se había movido.

Este, como todos los hombres que viven sufriendo las inclemencias del tiempo y los rigores de la naturaleza, no sentía necesidades y aguantaba con resignación los contratiempos.

Había oído varias veces que su amo le llamaba, pero no quiso contestar por no moverse. Todos sus pensamientos se reducían á lo mismo. Que podía morir aquella noche; eso era lo probable y en atención á ello, había tomado las precauciones detrás del trineo.

Apesar de haber comenzado cuanto pudo el calor que se había producido en el cuerpo, el té que había tomado, la marcha fatigosa por medio de la nieve, había sido de funestos resultados.

Ya comenzaba á sentir frío por todo el cuerpo: los piés, se le habían hinchado dentro de las botas, y el hambre, no le permitía ni moverse; se encontraba igual que el caballo. Era inútil hacerle andar más.

La idea de morir aquella misma noche, ni le apenaba ni le daba miedo.

No le apenaba porque su vida había sido un martirio continuo, una servidumbre penosa, de la cual no tenía esperanza de liberarse porque era pobre.

Tampoco le daba miedo, porque decía y con razón, que después de muerto, lo mismo el que su amo el gran Vassili Andreitch irían á pasar al mismo sitio y acaso bajo la protección del padre común de todos los hombres.

El hombre puede variar de vida pero no de carácter.

«Los pecados»—se decía.

Y se acordaba de sus borracheras, de sus violencias para con su mujer, sus juramentos, sus faltas de cumplimiento en los deberes religiosos, los preceptos no observados y todo lo que se le podía reprochar en esta confesión.

—Cierto, los pecados... Pero... ¿he buscado yo las ocasiones? Dios me ha hecho tal como soy. ¿Como evitar pues los pecados?

Y un cúmulo de recuerdos vinieron á su mente. Se acordó de la llegada de Marfau, la boda de los obreros, y su negativa á beber aguardiente; se acordaba también del viaje del aquel día, de la casa donde pararon de la conversación sobre las particiones, de Castaño que se calentaba con la

manta que le había echado encima, y del patrón, que no hacía más que moverse dentro del trineo.

—El también, el pobrecito se ha visto precisado á partir. No debe abandonar su vida, una vida que no es como la mía: debe cuidarse.

Todos estos pensamientos y todas estas ideas tomaron posesión de su cabeza, y concluyó por dormirse.

En el momento en que Vassili Andreitch empujó el trineo al subirse en el caballo, Nikita, como dijimos anteriormente despertó porque uno de los pestines dieronle en las espaldas.

Quería cambiar de posición, estirar sus piernas con trabajo, sacudirse la nieve que le cubría, y se levantó, pero un frío intenso y doloroso le penetraba por todo el cuerpo.

Comprendió que Vassili Andreitch le abandonaba, y quería pedirle la tela que servía de manta al caballo, pero eran inútiles sus gritos, porque Vassili Andreitch había desaparecido por aquel campo de nieve.

Nikita reflexionó un instante: Ir en busca de un refugio, era imposible, porque sus fuerzas no se le permitían. Dejarse caer en su sitio, tampoco, porque la nieve lo había cubierto ya. Pensó en el trineo y desconfiada de encontrar calor y abrigo dentro de él, por cuanto su amo lo había abandonado.

Nada tenía con que cubrirse, y el frío cada vez era más intenso. Apretó su gorro y se envolvió con el kaftan, pero todo era inútil. Tanto frío sentía, que hubiera jurado estar en camisa.

Por fin, falto de fuerzas y de ideas, se dejó caer

en el trineo, en el mismo sitio que su amo había ocupado.

Se acomodó en uno de los rincones del trineo pero no pudo conseguir reaccionarse. Así estuvo cinco minutos, temblando todo el cuerpo: despues cesó el temblar é insensiblemente comenzó á perder la conciencia.

¿Moria ó se quedaba dormido? No lo sabía, pero seguramente se encontraría dispuesto lo mismo para lo uno que para lo otro. Si Dios quiere que despierte, despertaré para seguir sirviendo á unos y á otros, cuidar las caballerías, llevar trigo al molino, entregar su jornal á su mujer y al tonelero y no tener más voluntad que la voluntad de los otros. Si quiere que muera, para despertar en otra vida también le será grato, porque únicamente así podrá recordar las ternezas y alegrías de su juventud, los cariños de la noche, el juego con los amigos, las praderas, los bosques, las heladas de invierno, y una nueva vida en fin, que en nada se parecería á la presente.

Y Nikita, perdió el conocimiento por completo.



VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Vassili Andreitch, entre tanto, guiaba su caballo por la dirección que él suponía había de llevarle al bosque.

La nieve le envolvía, y el viento era tan fuerte, que parecía quererle detener en su marcha. Pero hizo esfuerzos sobrehumanos, cubriéndose cuanto pudo por evitar que el aire le abriese la ropa, y con los talones apretaba los hijares del caballo, como queriéndole hacer marchar más de prisa.

A los cinco minutos, que llevaba de marchar derecho, creyó, á pesar de no ver nada más que la cabeza del caballo y la blanca y dilatada llanura, y sin oír otra cosa que los horribles silbidos del viento, que distinguía una mancha oscura.

Su corazón latió de alegría y se dirigió Vas-

sili Andreitch hacia el sitio que su vista le indicara.

Nadie le hubiera convencido de que lo que veía no era cosa más que una larga hilera de árboles cubiertos de nieve y azotados por el viento. El pensaba que era una casa con su muralla que le servía de cerca.

La vista de esta que Vassili Andreitch creía un puerto de salvación, hizole cambiar de ruta y marchar cara al viento, pero el caballo le tiraba siempre hacia la derecha, obligándole Vassili Andreitch, á proseguir por la izquierda.

Caminaba así lleno de alegría y una nueva visión apareció á sus ojos, otra mancha negra que se movía.

¿Qué era? Otro costado de los árboles que había visto anteriormente. Mirando al suelo, vió también huellas de caballería; las examinó y convenciése hasta la evidencia que eran de caballo, y en efecto, eran del suyo, que por allí había pasado momentos antes.

Verdaderamente, Vassili Andreitch no hacía más que dar vueltas por el mismo sitio.

—Estoy perdido si continúo como hasta aquí— se dijo, y para no dejarse dominar por el miedo, apretó los hijares de su caballo y aligeró todo lo que pudo.

De pronto, unos puntos luminosos que veía á lo lejos, aparecer y desaparecer, le llamaron la atención.

Al principio creyó escuchar ladridos de perros ó aullidos de lobos, pero eran á tanta distancia, se

percibían tan vagamente, que no pudo precisar si era una ilusión ó realidad; paróse y escuchó.

De pronto, un grito terrible, ensordecedor, oyó en los mismos oídos Vassili Andreitch. Temblando como un azogado, muerto de miedo, se abrazó al cuello del caballo. Al poco rato, los gritos eran menos intensos.

Durante algunos instantes, Vassili Andreitch, estuvo sin poder darse cuenta de lo que ocurría.

¿Qué era aquello? Pues simplemente un relincho de Castaño.

—¡Que el diablo te lleve, por el susto que me has dado!...—exclamó Vassili Andreitch.

Ya había adivinado la causa del miedo, y sin embargo, este no se le pasaba.

—Es preciso reflexionar y no acobardarse por tan poco.

Al mismo tiempo que pensaba así, volvía sin darse cuenta el caballo, y le dirigía siguiendo la corriente del aire.

En todo su cuerpo, notaba dolores y el frío que se le iba infiltrando poco á poco. Sufría horriblemente. Ya no pensaba en encontrar el bosque, sino en hallar el trineo, para cobijarse allí, dejar descansar el caballo y no morir aislado en medio de aquel campo de nieve.

De golpe, el caballo cae en medio de un montón de nieve. Vassili Andreitch salta de él con ligereza y le sujeta por las bridas.

Castaño hizo un esfuerzo y otro y mil, y relinchando, desapareció, dejando á Vassili Andreitch en medio de la nieve.

Vassili Andreitch quiso seguirle y corrió tras él,

pero muy pocos pasos, porque la ropa le pesaba mucho, y los montones de nieve le impedían caminar con ligereza.

Paróse, pues.

—La madera, el establecimiento, las tabernas, las haciendas... ¡Qué será de todo esto!... ¡Esto no puede ser!—se decía.

Tal era el medio que le embargaba que no podía creer en la realidad de lo que veían sus ojos.

—¿No es esto un sueño?

Quería despertar pero veía que no estaba dormido, sino que aquella nieve que le azotaba la cara, era real y verdadera, como real y verdadero era el desierto donde se encontraba presa de una muerte inevitable, próxima y estúpida.

—¡Virgen Santa de los cielos! ¡San Nicolás bendito!—gritaba acordándose de los rezos de la vieja, y de la imagen de la Virgen rodeada de una aureola dorada, de los cirios que vendía para esta imagen y que tanto le producían.

Rogó al mismo San Nicolás, que le salvara, ofreciéndole un *Te Deum* con muchos cirios é incienso.

Y después de ofrecer todo, cayó en la cuenta que los cirios, el *Te Deum*, el incienso, la fiesta, todo estaba muy bien, allá abajo en la iglesia, pero que allí no podían prestarle ningún socorro: los cirios y los oficios en la situación apurada en que se encontraba, no podían prestarle socorro alguno.

—Precisa no perder el valor, sino seguir las pisadas del caballo, que bien pronto estarán borra-

das por la nieve—pensó, dirigiéndose hacia adelante.

A pesar de haber resuelto marchar despacio, corría, tropezaba, caía y se volvía á levantar. Apenas eran ya perceptibles las pisadas del caballo, por los sitios donde no era espesa la nieve.

—Estoy perdido: no podré seguir las huellas.

Pero en este momento miró adelante y distinguió una sombra negra.

Era Castaño, y no solamente el caballo, sino el trineo con los basales levantados. El caballo, con las riendas caídas, sacudía la cabeza.

Vassili Andrietch se encontró con que había vuelto á aparecer á cincuenta pasos del trineo; precisamente en el sitio en que le había dejado el caballo, fué en donde se encontraba la hondonada, donde había caído Nikita anteriormente.



IX

Vassili Andreitch, llegó con dificultad hacia el trineo, apoyó en él la mano, y estuvo largo rato contemplándolo, mientras descansaba de las fatigas de la carrera.

Nikita no estaba en su antiguo sitio; pero algo había en el trineo cubierto por completo de nieve, y Vassili Andreitch, comprendió que era Nikita.

Ahora, comenzaba á disminuir su miedo, y si algo temía era la terrible sensación de miedo que acababa de sufrir en el momento de encontrarse sobre el caballo, y sobre todo, en el momento de quedar solo sobre aquel montón de nieve.

Largo rato estuvo pensando lo que debía hacer: examinó de nuevo el trineo y el caballo. Después

se sacudió la nieve que tenía sobre la ropa, se arregló ésta, é hizo algunas caricias al caballo.

Entonces se dirigió al trineo y vió moverse algo dentro: era la cabeza de Nikita que salía de un montón de nieve.

El mujik se sentó, haciendo esfuerzos supremos: hacía gestos extraños, horrorosos. Parecía querer coger moscas y murmuraba entre dientes algunas palabras que no pudo comprender Vassili Andreitch.

Este se aproximó.

—¿Qué tienes? ¿qué dices?

—¡Que me mue...ro!—dijo Nikita esforzándose para hablar.—Da á mi hijo lo que me debes... ó á mi mujer... No importa...

—¡Pero! ¿qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Tienes frío?

—Siento venir la muerte... Perdóname... en el nombre de Dios...—dijo Nikita con voz casi imperceptible y haciendo gestos que aumentaban el miedo de aquella situación tan pavorosa.

Algunos momentos permaneció Vassili Andreitch inmóvil y silencioso: después, con la misma agonía con que apretaba las manos de los mercaderes, después de una compra beneficiosa, dió un paso adelante, se inclinó junto á Nikita y comenzó á quitarle la nieve que cubría su cuerpo.

Terminada esta operación, desató un cinturón, quitóse el kaftan y tendióse sobre Nikita cubriéndose con la ropa y remetiéndola por los bordes del trineo para que el frío no llegara á Nikita.

Así permaneció largo tiempo, sin escuchar el silbido del viento, ni la caída de la nieve, y sí solo la respiración de Nikita: esta vez parecía quería

darle todo el calor que á él le quedaba en su cuerpo.

—¡Ah, ya ves! ¿Por qué hablas de morir? No disparates, entra en reacción, que yo te ayudo. Ya ves—dijo Vassili Andreitch—quien soy yo.

No pudo continuar hablando, porque las lágrimas brotaban de sus ojos: temblábanle los labios y se le atragantaba la saliva.

—¡He sufrido tantas emociones!—se decía—que esto no es difícil que me ocurra!—y se limpiaba las lágrimas con las mangas.

Esta ternura, muy léjos de desagradarle le contentaba, porque había sentido aquella vez lo que ninguna otra.

—He aquí como yo soy—se repetía compungido.

Así permaneció bastante tiempo apretando el cuerpo de Nikita y conteniendo su respiración por no hacerle aire.

Tenia tantos deseos de desahogarse, que no pudo más.

—¡Nikita!—le dijo.

—Estoy bien... tengo calor... oyó decir...

—Tu morirás de frío, y yo también.

De nuevo, sus labios volvieron á temblar, llenáronse sus ojos de lágrimas, y no pudo continuar.

—Vamos, esto no es nada—pensó.

Es natural lo que ocurre.

Y se quedó callado.

Varias veces miró al caballo, y vió que su lomo estaba descubierto y el paño que lo cubría cubierto de nieve en la tierra. Quiso levantarse á reco-

gerlo, pero no se atrevió por miedo á que Nikita volviera á enfriarse.

Ya no tenía ningún temor: su cuerpo estaba caliente, tenía por encima de las espaldas su abrigo y con el pecho abrigaba á Nikita, pero las manos se le enfriaban así como los pies.

Las primeras, porque las tenía al aire, sujetando el abrigo que había remetido á Nikita por el rincón del trineo y los segundos porque no lograba hacerles entrar en calor.

Pero no hacía caso: se concretaba á hacer que el mujik volviera á la vida.

—Esto es lo que precisa—se decía pensando en el calor que comunicaba al inanimado cuerpo de su criado, calor tanto más agradable, después del intenso frío que había sufrido.

Vassili Andreitch estuvo largo tiempo en la posición que dejamos descrita. Desde entonces en su imaginación se reproducían las impresiones de la tormenta, de los basales, del caballo bajo el collarón que se balanceaba á su vista, y de Nikita que estaba entrando en reacción: después, vinieron á su memoria los recuerdos de la fiesta, de su mujer, del comisario, de todo, en fin, en confusión espantosa, y al final, volvía su memoria á Nikita.

Después pensaba en los mujiks, en los vendedores y en los compradores, los muros blancos y las casas con tejados de hierro. Después de todos estos recuerdos se confundieron, como las tintas del arco iris en un solo recuerdo, en nada.

Y se quedó dormido.

Durmió bastante tiempo, sin sueño, pero al rayar el alba, los sueños volvieron á aparecer.

Se veía cerca del cajón de los cirios, y la mujer de Tikhon le pedía uno de veinte céntimos para la fiesta. Quería alargar la mano, coger el cirio y darlo á la mujer, pero no pudo, porque sus brazos estaban entumecidos y las manos dentro de los bolsillos.

Quería aproximarse al mostrador, pero las piernas se le negaban.

Al cabo de un instante, el cajón de los cirios dejó de ser tal, para convertirse en una hermosa cama donde Vassili Andreitch se veía tendido y descansando.

Soñaba también que no podía levantarse, sin embargo de que el comisario le aguardaba para ir á ver la madera comprada al mercado, sobre el lomo de Castaño.

Y preguntó á su mujer:

—¿Qué, no ha llegado aún?

—No—contesta ella—no ha llegado.

Después se figura oír un carruaje que pára delante de la casa.

—Este debe ser... No, ha pasado de largo. ¡Eh, Nicolavna! ¡Nicolavna!... ¡Nadie contesta! ¡Nadie!...

Y continúa en su cama, sin poderse levantar. De pronto, la alegría le inunda de placer.

He ahí la persona á quien él espera, pero no al comisario. Ivan Matveitch, sino otro. Viene éste y le llama, y el que le llama, le ordena que se acueste sobre Nikita. Y Vassili Andreitch se siente feliz porque hayan venido á buscarle.

—Voy—grita con júbilo.

Y el mismo grito le despierta.

Y se despierta completamente cambiado. Quiere levantarse y no puede: quiere mover el brazo y no puede tampoco, lo mismo que las piernas, la cabeza, el cuerpo, en fin, le niega á obedecer la voluntad.

Ante tal espectáculo se amedrenta y piensa en la muerte, pero vé que Nikita está debajo y que si Nikita está viva, debe estarlo él también, por más que era posible que Vassili Andreitch hubiese comunicado su color que era su vida al criado y éste le tuviera pero que el amo careciera de ella. Pensó también en que él era Nikita y Nikita él, pero se aproximó á la cabeza del mujik, escuchó sus respiración y exclamó con alegría:

—¡Oh, vive, vive aún, y ambos vivimos.

Y algo extraño, desconocido, que no le había ocurrido nunca, ocurriósele entonces.

Se acordó del dinero, de la tienda, de la casa, de las compras y ventas, de los millones de Mironov y no podía comprender que este hombre que se llamaba Vassili Brekhounov, se ocupara otra vez de todo eso.

—¿Y qué sabía de todo esto—pensaba Vassili Andreitch Brekhounon.

«Lo que él no sabía, lo sé yo, lo sé y comprendo su error.»

Y de nuevo oyó que le llamaban:

—Voy, voy—respondió con atolondramiento.

Y se sintió libre y que nada lo sujetaba.

Y Vassili Andreitch no veía ni entendía, ni sentía nada de este mundo.

Detrás del trineo, la tempestad zumbaba. Los mismos copos de nieve, el mismo ruido del viento,

la misma blancura sobre las ropas de Vassili Andreitch muerto, y sobre Castaño, que tiritaba de frío.

Del trineo casi no se veía más que los bazales, y en el fondo, el cuerpo de Nikita, algo reaccionado bajo el cuerpo de su amo.

**X**

Al rayar el alba, Nikita despertó con la impresión del frío que comenzaba á helarle la cara.

Había soñado, que venía del molino con una carreta de harinas, y habiéndola dejado cerca de Liapine, al lado del puente, se había hundido.

El estaba tendido sobre la carreta sin moverse, porque estaba pegado á ella y cosa extraña, ni podía levantarla ni levantarse: tenía partidos los riñones. Y cuidado de que hacía frío, y era preciso salir de allí.

—¡Vamos, ya está bien!—le decía á alguien, á quien suponía que le había aplastado la espalda.— Retiró los sacos, pero la carreta, cada vez más fría, continuaba pesando sobre él, cuando de repente un ruido particular le despertó, y comprendió todo lo que pasaba.

La carreta fría, era el amo muerto, helado, que

estaba tendido sobre él. El ruido, era que Castaño había dado con las patas en el trineo.

—¡Andreitch! ¡eh, Andreitch!—grtó Nikita presintiendo la realidad y procurando quitarse de encima el cadáver de su amo.

Pero Andreitch, no le respondía, y sus piernas pesadas y su vientre abultado descansaban pesadamente sobre el cuerpo del mujik.

—¡Ha muerto, seguramente! ¡Que el cielo le abra sus puertas!—pensó Nikita.

Movió la cabeza, quitó la nieve que tenía por los lados y abrió los ojos. Era de día. El viento continuaba silbando en los barales del trineo; la nieve caía. Solamente no azotaba por la parte delantera del trineo, que le rodeaba así como al caballo, casi enterrado también como el trineo. Ya no se oía tampoco la respiración de Castaño.

—¡También, se ha helado!—siguió Nikita.

En efecto, detrás del trineo, estaba el caballo casi inerte, agonizando de frío.

—¡Señor de los cielos! ¿también me llamas á mí? —dijo Nikita,—pues que tu voluntad sea cumplida, ¡tengo un poco de miedo! ¡pero no muere uno más que una vez y esta no me desconsuela.

Y extendió los brazos, y cerró los ojos seguro de que esta vez moría, pero de puro bueno que había sido.

Al medio día, los mujiks encontraron á Vassili Andreitch y á Nikita á cien metros del camino y á medio kilómetro de la ciudad.

La nieve había cubierto completamente el trineo, pero los barales y el paño que habían amarrado al extremo se veían aun. Castaño, con la nieve

hasta el vientre, y la grupera torcida, estaba detrás del trineo, todo blanco, la cabeza doblada sobre el pecho, las narices llenas de hielo, los ojos vidriosos y llenos de lágrimas heladas. Tanto había enflaquecido esta noche, que solo le quedaban los huesos y la piel, Vassili Andreitch, estaba rijido, y le levantaron de sobre Nikita, sin que sus piernas perdieran la posición que tenían. Los ojos de buitre, la boca abierta, bajo su bigote lleno de nieve.

Pero Nikita respiraba aún.

Cuando le levantaron, estaba poseldo de que estaba muerto, y que lo que le estaba ocurriendo, no era de este mundo, sino del otro.

Pero cuando oyó los gritos de los mujiks que le quitaban la nieve y le apartaban del cuerpo de Vassili Andreitch, se extrañó de oír gritar así á los mujiks en el otro mundo.

Al fin comprendió que vivía, pero se llenó de tristeza cuando vió que se habían helado para siempre los dedos de sus piés.

Nikita, pasó dos meses en el hospital. Allí le cortaron tres dedos; los otros curaron. Aún pudo trabajar, y durante veinte años estuvo de criado, y más tarde, cuando viejo, como guardia.

No ha muerto hasta este año, en su casa como deseaba, bajo las imágenes y con un cirio en las manos.

Antes de morir, pidió perdón á su mujer, ya anciana, y él, perdonó al tonelero. Dijo adios á sus hijos y murió realmente satisfecho de haber quitado á sus hijos la carga que tenían encima; pa-

sando á otra vida, que tanto había deseado y que cada vez le atraía más y le convencía.

¿Es mejor ó peor, dormirse en esta vida para despertar en la otra, ó se había equivocado Nikita encontrando allá lo que esperaba?

Pronto lo sabremos.



MADAMA DE POMPADOUR

MADAMA DE POMPADOUR

EN COMPIEGNE

6

La Sobrina de Poussin

POR

M. AMADEO DE BAST



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1825 MONTERREY, MEX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1825 MONTERREY, MEX.

BARCELONA

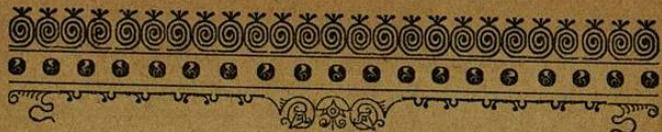
Casa Editorial Maucci, Consejo Ciente, 296
BUENOS AYRES

Maucci Hermanos
1070, Cuyo, 1070

MÉXICO

Maucci Hermanos
1.º Del Relox, 1

1899



Madama de Pompadour

I

El camino de los Jabalies

El bosque de Compiègne, de vegetación más espléndida y salvaje que el de Fontainebleau y de más poesía y misterio que el de Rambouillet, ese célebre bosque donde Felipe Augusto halló los vaticinios de la victoria de Bouvines (1), y donde se ven aún árboles gigantescos contemporáneos de Carlos el Calvo, está cruzado por una senda escabrosa, desigual y obstruida á intervalos por ála-

(1) Felipe Augusto mató cazando en el bosque de Compiègne un ciervo muy viejo, en el cuello del cual se halló un collar de oro puro, y sobre él grabadas estas palabras: «Vencerás con el auxilio de Dios y la justicia de tu causa.» Algunos meses después Felipe Augusto ganó la victoria del puente de Bouvines (27 de julio de 1214).

mos blancos, tejos y chopos entrelazados por tapiques de ortigas, cardos y espinos que hacen su tránsito triste y difícil; llámase el camino de los Jabalíes, porque estos animales huyen por él cuando perseguidos por una encarnizada trailla se esfuerzan en volver á su guarida y combatir y sucumbir en ella con valor *pro aris et fosis*.

Los cazadores frecuentan muy poco el camino de los Jabalíes, y es casi enteramente desconocido para los paseantes del bosque. En algunas raras circunstancias, en los días de gran cacería real, un corto número de curiosos se aventuran á internarse por esta senda solitaria para ver pasar el jabalí hostigado y á los sabuesos que lo persiguen; pero lo más común es que á excepción de los días de caza no se encuentre á nadie en este desierto, cuyo silencio turban únicamente la charla de las urracas, el graznido de los cuervos y el tenebroso y monótono canto del buho.

Sin embargo, en uno de los primeros días de noviembre de 1763 tiritaba de frío al pié de una añosa encina del camino de los Jabalíes una joven de unos diez y seis años escasos, blancacomo un cisne y hermosa como una Madona de Rafael; sus ojos azules estaban constantemente dirigidos hácia la entrada del camino por donde aparecía por lo regular la caza real, y llevaba en sus manos un papel que tenía todas las apariencias de un memorial ó petición.

No eran aún las nueve de la mañana y hacía un frío intenso; el viento del norte arrancaba las amarillentas hojas de los árboles marchitas por el otoño y arrebatava los postremos adornos de su espléndi-

de ramaje; algunos rayos débiles del sol doraban á intervalos las copas de los álomos y regocijaban los nidos de los jilgueros y currucas, pero estos rayos consoladores no llegaban hasta la joven, que se estremecía bajo su vestido de lana como un lirio á los nocturnos besos del céfiro.

—No vendrá, exclamó dolorosamente la joven, y mi pobre madrina que espera con tanta impaciencia mi vuelta ¿qué pensará? Hace ya tanto rato que estoy aquí... ¡Ah! el tiempo pasa muy lentamente para los que padecen y esperan. Dios mío, tened piedad de mí!

—¿Si rezaría aquí? añadió después de algunos momentos de silencio. El mundo entero es templo y santuario para los corazones puros, dice mi madrina, y voy á recitar algunas oraciones.

La pobre niña se arrodilló al pié del árbol que le servía de abrigo contra el aquilón, cerró los ojos para no distraerse con los objetos exteriores, enlazó las manos y empezó á orar con fervor.

Apenas había terminado las oraciones que se había propuesto recitar, cuando sintió que la tocaban ligeramente sobre el hombro, y volviéndose, vió á dos pasos de ella una dama cubierta con una *polonesa* (1), y cuyo exterior no anunciaba grande opulencia ni título muy encumbrado. El rostro de la dama estaba salpicado de *lunares* (2) que apenas

(1) La polonesa, como su nombre lo indica, era una moda del Norte, una especie de peinador de terciopelo ó de seda que las damas de la corte llevaban por la mañana en el paseo ó en la caza. La reina María Leczinska, esposa de Luis XV, importó esta moda á Francia, y duró hasta el reinado de Luis XVI.

(2) Los lunares eran unos pedacitos de tafetan negro que las damas de alta alcurnia, y aún las de la clase media, se ponían sobre el rostro para que resaltasen la blancura y el brillo de su tez.

permitían distinguir sus facciones, y llevaba en la mano uno de esos bastoncillos flexibles de junco, marfil y oro que cuarenta años después se conocían con el nombre de bengalas.

—¿Qué haces ahí, hija mía? preguntó con voz dulce y penetrante y mirando á la joven con un sentimiento de admiración que en vano reprimía.

—¡Ah! señora, espero, respondió la muchacha.

—Y ¿á quién esperas en un sitio tan solitario?

—A la señora marquesa de Pampadour, pues me han asegurado que hoy debe estar en la caza del rey.

—El rey no cazará hoy, respondió la dama; la partida se ha aplazado hasta mañana.

—¡Cielos! ¿estáis segura, señora? exclamó la muchacha ocultándose el rostro con las manos.

—Segurísima, hija mía. Pero ¿qué tienes que decir á la marquesa de Pompadour?

—Dicen que es buena y compasiva, y venía á implorar su protección; dicen que ama y alienta las bellas artes, y venía á invocar sus recuerdos.

—¿Y bajo qué concepto, querida niña, pretendes contar con la protección que prodiga á las artes la marquesa?

—Llevo un apellido célebre en la pintura; pertenezco á la familia de un hombre que dió lustre y honor á la Francia con sus cuadros inmortales y que ha merecido el glorioso sobrenombre de *Platon de la pintura*.

—¿Cuál es el nombre de ese artista?

—Nicolás Paussin; y yo soy su sobrina y el último vástago de una raza que ha dado al rey artistas y soldados.

—¡Eres la sobrina de Poussin! exclamó la dama tomando entre las suyas las manos de la joven; la sobrina de Poussin... y eres pobre!

—Pobre, sí señora, y tan pobre que es imposible serlo más. Huérfana desde la infancia, sin haber conocido nunca á mi padre que murió en la última campaña de Flandes, ni á mi madre que pereció de dolor al darme á luz, fui recogida por mi madrina que es viuda de un oficial del regimiento de Normandía. Esta excelente mujer me cuidó y educó como á una hija, me puso en un convento y agotó todos sus recursos para darme una brillante educación. Un pleito del cual dependía su escasa fortuna y que perdió hace seis meses, la obligó á sacarme del convento y á llamarme á su lado. ¿Qué puedo decir, señora? nuestra miseria es tan extrema que mi madrina y yo hemos partido de Andely, nuestra ciudad natal, para venir á Compiègne en busca de trabajo. Nos habían asegurado que la frecuente residencia de la corte en esta ciudad proporcionaba á muchas mujeres el medio de subsistir con el bordado ó la costura; pero pronto se ha desvanecido esta ilusión... y faltándonos el trabajo, nos ha faltado también el pan... Ya no poseemos nada... En vano mi madrina me suplica que me separe de ella y vuelva al convento cuya superiora me ama tiernamente, pues no puedo resolverme á abandonar á mi bienhechora, á quien las privaciones más bien que la edad y la enfermedad tienen aprisionada actualmente en una casa sin muebles, y de la cual vamos á ser despedidas quizás mañana por el rigor de un propietario inexorable.

—¡Pobre niña! ¡tan joven y tan desgraciada! ¡tan bella y de tanto talento! exclamó la dama enjugando una lágrima que rodaba por sus mejillas.

—No he dicho nada á mi madrina, continuó la joven; he escrito una carta á la marquesa de Pompadour, y he venido aquí temprano para presentársela cuando pasara... ¡Hace ya mucho rato que espero!... Indudablemente se compadecerá de mi miseria, el nombre de mi tío abogará en mi favor, y lograré el consuelo de arrancar á mi madrina de una indignancia espantosa de que soy la causa principal.

—Ese pensamiento es hijo de una alma hermosa, pobre niña, y el cielo os protegerá en la realización de tan noble proyecto. Sí, tenéis razón en confiar, no en la compasión, palabra que no debe pronunciar quien lleva vuestro nombre, sino en la simpatía y en el celo de madama de Pompadour. Sus enemigos—que son muchos—la representan como una ambiciosa que solo se vale de la suprema privanza que goza para satisfacer caprichos ó llenar de oro sus hechuras. Como extraña á la corte y á sus infames intrigas, habéis sabido apreciar mejor el carácter de la marquesa, hija mía; sí, y estoy convencida de que le haréis en vano vuestra petición, y que esa mujer tan calumniada probará una vez más en cuanto estima tiene el socorrer el infortunio y glorificar los grandes talentos y el genio indisputable de una patria que ama y prefiere á todo, hasta al poder, hasta á la vida.

—También vos, señora, respondió la joven, me parecéis muy buena, y mi confianza en vos no tie-

ne límites. Os suplico que entreguéis mi carta á la marquesa de Pompadour.

Y la graciosa joven presentaba su carta con mano trémula de frío á la bella desconocida.

—Vuestra carta está cerrada y tendré el mayor cuidado en no abrirla. Por otra parte, es preciso que la marquesa sea la única que la lea, los pensamientos de una joven tienen pudor como sus labios y es preciso guardarse de ajar su pureza.

—¡Oh! si yo fuese marquesa de Pompadour, dijo ingenuamente la pobre joven; hacer bien á sus semejantes y valerse de un poder sin límites para recompensar y consolar, ¿no son las atribuciones de Dios sobre la tierra? ¡Qué venturosa debe ser y que feliz deben hacerla sus brillantes atavíos, si es cierto que los diamantes y las buenas acciones brillan los unos por las otras, y forman el adorno más precioso, de las mujeres!

—No os apresuréis á creer que madama de Pompadour es afortunada, dijo la marquesa; mañana la veréis en todo el esplendor de su gloria, y después de haberla visto, y especialmente después de haberla hablado, juzgaréis si paga ó no bien cara la esplendente aureola que rodea su destino de mujer.

—¿Qué decís, señora? ¿veré?... hablaré mañana á la señora marquesa de Pompadour? ¡Qué dicha! ¡Oh! querida madrina, ya estáis salvada.

—Oídme, hija mía..... Me olvidaba. ¿Os llamáis...

—Cecilia Poussin, señora; ¿queréis que os lo escriba?

—Es inútil; recordaré el dulce nombre de Ceci-

lia, porque el apellido Poussin es familiar á mi admiración. Oídme pues, Cecilia. Conozco á la señorita Mauricia, la camarista mayor de la marquesa de Pompadour; id al castillo mañana á las diez, decid que os permitan hablar con la camarista mayor, y entregadle de mi parte este libro; ella sabrá lo que quiere decir esta seña, yo la habre enterado de nuestro encuentro y os introducirá en la habitación de madama de Pompadour.

—¡Señora, cuánta bondad! ¡Cómo! ¿seré tan feliz que pueda hablar á tan gran señora? Yo, tan pobremente vestida, presentarme en el castillo del rey!

—Haced lo que os digo, querida Cecilia, le dijo la dama interrumpiéndola, hacedlo sin temor si deseáis suavizar la suerte de vuestra madrina y asegurar la vuestra. Tengo esperanza en la visita que vais á hacer y ya trataré de veros en el cuarto de la señorita Mauricia. Hasta mañana pues, Cecilia. Somos ya antiguas amigas; dejadme que os bese.

—Con mucho gusto, señora, respondió la joven presentando á su protectora una frente más blanca que la nieve y que no habían logrado marchitar los disgustos de la pobreza.

La dama estampó un beso en aquella frente, hizo un ademán de afectuosa despedida á Cecilia, y continuó su paseo azotando con el extremo de su bastón de marfil las hojas secas que crujían bajo sus piés delicados.

Cecilia se quedó pensativa, y se apresuró á salir del camino de los Jabalíes para volver á la carretera. Mientras se dirigía á su casa pensando en

su misterioso y presidencial encuentro, Cecilia, como verdadera hija de Eva, entreabrió disimuladamente el lindo librito dorado por los cortes que la dama le había dado como salvoconducto.

Era el *Arte de amar* de Gentil Bernard.

II

El tocador de madama de Pompadour

Los moralistas y los historiadores han envuelto en el mismo anatema á todas las favoritas de los reyes, y sin embargo una madama de Montespan que inspiró de acuerdo con Colbert á Luis XIV el amor á las artes y á las letras y el deseo de protegerlas; una Naully Guyn que fué la amiga de Dryden y que no quiso valerse de su ascendiente sobre el corazón de Carlos II sino para socorrer á los desgraciados y defender la causa de los proscritos; una Catalina que salvó en las orillas del Pruth al vencedor de Pultawa, y que ceñida con la diadema de las emperatrices de Rusia tuvo la gloria de llevar á cima la obra de civilización inaugurada por Pedro el Grande; estas favoritas, estas queridas y aventureras de amor tienen derecho, sino al respeto, cuando menos á la gratitud de los pueblos. La historia imparcial debe tenerles en cuenta los

ejemplos de caridad, de valor y de desprendimiento que sembraron á su paso, y perdonar su flaqueza en gracia de sus beneficios; y no echemos en olvido que si una Diana de Poitiers sacrificó y vendió bajo el reinado de Enrique II los intereses de la Francia, otra favorita, la tierna Inés Sorel, contribuía un siglo antes á la par de Dunois y de la virgen de Vaucoudeurs á expulsar á los ingleses de nuestras provincias y á fundar con victorias la independencia y la libertad de la patria.

La memoria de la marquesa de Pompadour sólo ha llegado hasta nosotros cercada de preocupaciones, odios, antipatías y sátiras que engendró en torno suyo su repentina elevación, y no se ha tratado de ver, ni se ve aun en el día, en la más encantadora, más graciosa y más amable de las queridas de Luis XV sino una advenediza del amor, la encarnizada enemiga de Lalande, la adversaria del Parlamento. Madama de Pompadour cooperó con toda su influencia á la supresión de la Compañía de Jesús, y los jansenistas, que eran los liberales del siglo xvii y xviii, no dejaron por eso de perseguirla con epigramas, folletos calumniosos y atroces diatribas lo mismo que sus enemigos los jesuitas que tenían al menos el derecho de maldecirla. La favorita defendió á los filósofos y á los enciclopedistas, y los primeros, á excepción tal vez de Voltaire, no demostraron más gratitud que los jansenistas, y la denigraron á porfía; el mismo Federico tomó parte en el ataque y se mofó en versos duros y nada mesurados de la querida del rey de Francia. Si Luis XV no criticaba el gabi-

nete verde del castillo de Sans-Souci, ni los pajes, ni los poemas galotudescos del rey de Prusia, ¿por qué no perdonaba el conquistador de la Pomerania al rey de Francia su madama de Pompadour, su parque de los Ciervos y sus bosquecillos de Trianon?

El odio se transforma ó se apacigua con el tiempo; madama de Pompadour no ha logrado siquiera este privilegio póstumo de los que con su fortuna exasperaron la envidia contemporánea; algunos plagiarios, desertores de la escuela del pintor David, se complacieron en añadir el insulto artístico á las maldiciones é injurias calumniosas de los zoilos del siglo pasado, y al bautizar con el nombre de Pompadour todo lo que recuerda la elegancia, la finura y el aticismo del siglo xviii, han confundido voluntariamente la excentricidad de las modas de aquella época con las aberraciones de algunos talentos secundarios. Estos plagiarios y embadurnadores de nuevo cuño ignoran que la marquesa de Pompadour fué una protectora tan inteligente como celosa de las bellas artes, y que la Francia le es deudora tal vez de Pigalle, de José Vernet, de Monsigny y de otros tantos artistas ilustres cuyos ensayos alentó y cuyas obras maestras recompensó generosamente.

El tocador de la favorita ofrecía todas las mañanas un espectáculo tan brillante como original: los ministros, los mariscales de Francia, los hombres más ilustres por su cuna, sus dignidades ó su talento se agrupaban en torno suyo, disputando á sus camaristas el cuidado de cooperar á su tocado, y la embriagaban á porfía con las más finas alaban-

zas ó los homenajes más serviles. El incienso que quemaban á los piés del ídolo no era siempre de buena ley, porque la hipocresía corre parejas en las cortes con la corrupción, y con frecuencia el cortesano que improvisaba el madrigal más galante ó la metáfora más mitológica, de buena gana hubiera dado de puñaladas á la que comparaba con la reina Amatonta ó la diosa Citeres; pero la marquesa, que tenía sobrado talento para no dejarse engañar, tenía también sobrada finura para hacer ver que le enternecían, conmovían ó admiraban tan falaces agasajos. Pagaba con una sonrisa é indemnizaba con una mirada á sus infatigables aduladores, y cuando sus ojos se habían saciado de todas aquellas mentidas genuflexiones, de todos aquellos tributos pérfidos y de todas aquellas interesadas protestas, despedía con una mirada á la turba de turiferarios que se esforzaban en ser Narcisos para trocarse bajo las alas de la favorita en un Seján ó un Mazarino.

La corte de la marquesa de Pompadour había sido más numerosa y magnífica de lo acostumbrado en la mañana que siguió á la entrevista del camino de los Jabalies; toda la Francia, para valernos de una expresión de la época, estaba en Copiegne, y los gobernadores de provincia, los generales de ejército y los magistrados superiores se codeaban y confundían en el suntuoso gineceo de la favorita para conquistar una mirada ó mendigar una sonrisa. ¿Ignoraban acaso que esta mirada ó esta sonrisa de la favorita del rey eran para los unos un diploma de duque ó de consejero del Estado, un bastón de mariscal de Francia para

los otros y una mitra y una cruz episcopal para algunos?

La marquesa había sido muy sobria de sus encantadoras y mudas promesas de favor, había distribuido con poca largueza sus regalos mímicos y parecía estar preocupada. En vano el canciller Maupeou, á despecho de su toga y de su placa del Espíritu Santo, había tratado de divertirla adornando á Loquilla, la perrita favorita de la marquesa, con una cifra bordada de cifras y arabescos, y en vano el duque de Richelieu se desvivió por enseñar á Tisbe, la cotorra que participaba con Loquilla del cariño de la marquesa, algunas palabras del vocabulario de Port-Mahon, pues madama de Pompadour recibió con la mayor frialdad todos los esfuerzos de cortesanía y de jovialidad y no se dignó alentar ninguno.

De modo que cuando se terminó el tocado y madama de Pompadour dijo: *Caballeros, el rey va á salir muy pronto de caza*, todos se apresuraron á retirarse con intención de volver al día siguiente al aposento de la favorita.

Únicamente el duque de Richelieu y el canciller Maupeou insistieron en quedarse al lado de la marquesa.

—Cómo, señores, dijo ésta, ¿no váis á la caza real?

—Señora, respondió el canciller, ya veis que mi traje no es propio de una caza y que no convendría á un canciller de Francia el presentarse con tal talante en los bosques. La austera Temis puede muy

bien pasearse por los bosquecillos del Gnido, pero no puede sin comprometerse seguir las huellas de las ninfas de Diana.

La marquesa sonrió ligeramente al oír tan pagana é insulsa respuesta, y volviéndose hacia el duque de Richelieu, le dijo:

—Vos, señor mariscal, no podéis alegar la misma excusa, pues no vestís la toga del señor canciller y lleváis aun las armas de Port-Mahon. Y esas armas serán muy propias hoy en el bosque de Compiègne, pues se va á hacer la guerra á tres jabalíes que son el terror del país.

—Tendría el mayor placer, señora, respondió el mariscal, en combatir á esos terribles jabalíes á falta de otros enemigos, pero caí ayer del caballo, y ha sido preciso todo el afán que me impulsa á venir á presentaros mi homenaje y mi respeto para obligarme á salir de mi habitación.

—Veo, caballeros, dijo la marquesa con una jovialidad que no fingía, que sois dos inválidos, el uno por su categoría y el otro por desgracia; pero es mi voluntad, señor Maupeou, que asistáis á la caza á pesar de vuestra toga, y vos, señor mariscal, á pesar de vuestra caída. Vendréis los dos en mi carroza, y seguiremos la caza que no dejará de ser interesante. Odio la caza del ciervo, porque me entristece y me arrancan lágrimas los gemidos de la pobre víctima, pero me place en extremo la del jabalí. Es un animal feroz y dañino, y á pesar de su valor no me inspira tanta compasión. ¿Aceptáis, caballeros mi proposición?

El canciller y el mariscal se inclinaron respetuosamente.

—Esperadme en el salón azul, porque antes de salir tengo que dar algunas órdenes sobre mi traje de caza. Por otra parte no os fastidiaréis en ese salón; hallaréis allí probablemente á Vanloo, el pintor que me enseñó de dibujo, y á Monsigny, mi maestro de música. con los hábiles escultores Pigalle y Foucou..... ¡Podéis retiraros, señores!

El duque y el canciller salieron y la marquesa llamó á su camarista mayor.

Entró la señorita Mauricia.

—¿Está allí Cecilia Poussin? preguntó la marquesa.

—Sí, señora, respondió la camarista mayor, y trabajo me ha costado moderar su alegría en el momento que os ha reconocido por la dama que tuvo la dicha, según ella decía, de encontrar en el bosque.

—¿La habéis colocado donde os dije?

—Sí señora, en el gabinete de espejos que comunica con esta habitación; allí ha podido contemplar á su gusto á la que llama ya su bienhechora, y ha podido contar los ramilletes que os han regalado y oír los cumplidos que os han dirigido. ¡Oh! ¡qué alegre estaba la pobre muchacha! Sus exclamaciones de cariño, de admiración y de gratitud para con vos me llegaban al corazón. Es una hermosa y cándida niña, señora, y á pesar de su timidez y candidez revela mucho talento.

—¿Es cierto, Mauricia? Es una encantadora criatura.

—Un ligero incidente ha estado á punto de frus-

trar vuestros proyectos, continuó la señorita Mauricia. Mientras Cecilia Poussin miraba con afán la escena tan nueva para ella que pasaba ante sus ojos, el rey ha llamado á la puerta del gabinete de espejos...

—¡El rey! exclamó la marquesa, ¡el rey! ¿Había visto entrar á Cecilia en el castillo?

—No lo creo, señora.

—¿Qué habéis hecho en este caso? Supongo que no habréis abierto á S. M.

—Ciertamente que no, señora: yo misma he pasado un cerrojo más y he dicho á S. M. que estaba ocupada en arreglar vuestro traje de caza y que no podía entrar. El rey me ha mandado entonces al través de la puerta que os dijera os diéseis prisa en vestiros porque no quería ir sin vos á la caza.

—¡Ah! exclamó madama de Pompadour como librándose de una duda ó de una pesadilla.

Mordióse ligeramente los labios, reflexionó un instante y dijo á la señorita Mauricia que introdujera á Cecilia.

La camarista abrió la puerta del gabinete, y la sobrina de Poisson se arrojó con rapidez á las plantas de la marquesa.

—Levantáos, hija mía, levantáos, dijo la favorita con dignidad; recordad el nombre que lleváis. Sólo deben doblarse las rodillas ante dos potestades: Dios y el rey.

—Con que érais vos, señora marquesa, érais vos la que ayer me alentó y consoló en el bosque? ¡Ah! debía haberlo conocido por vuestra bondad más bien que por vuestra hermosura. Pero ¡qué dichosa

soy en veros en medio de tanto esplendor y magnificencia, señora marquesa! tanta grandeza es digna de vos, porque hallándoos tan cerca del trono, sólo invocáis su poder para proteger las artes y socorrer al desgraciado.

—No envidieis mi suerte, querida Cecilia, respondió madama de Pompadour, y no os dejéis seducir sobre todo por la aparente sinceridad de esos homenajes que habéis visto prodigarme. Ese canciller que manchaba con el polvo de mis piés su toga y su placa azul; ese duque y par, que no se ruborizaba de divertir mi cotorra; todos esos aduladores y cortesanos de cada día y si quisiera de cada hora serian mis más crueles perseguidores si llegara á faltarme de pronto la amistad del monarca. Me persiguirían, me desterrarían, me... perderían con el mismo ardor que emplean en adularme... ¡Oh! los conozco muy bien, querida Cecilia, y más de una vez llego á echar de menos con pesar mi modesta fortuna y la tranquilidad de alma y de corazón que sólo se encuentra en la virtud, y no bajo los pomposos artesonados de Versailles y de Trianon.

—¡Ah! señora...

—Pero bastante hemos hablado de mí y de mis pesares, ocupémonos de vos y de vuestra suerte. ¿Tenéis el memorial dirigido á la marquesa de Pompadour por la sobrina de Nicolás Poussin? añadió la favorita sonriendo.

—Sí señorita, aquí está.

Madama de Pompadour lo leyó con atención, pero lo que excitó especialmente su curiosidad fueron los documentos genealógicos de la familia de

Poussin y las cartas de este hombre ilustre que Cecilia tuvo la feliz idea de unir á su memorial.

—Todo está bien, añadió la marquesa, y lo más precioso es esto, dijo designando las cartas del autor del *Diluvio*. Cecilia, querida Cecilia, á mucho podéis aspirar con semejantes ejecutorias de nobleza.

—¡Oh! señora, solo aspiro á merecer vuestra amistad y á nada más, respondió la ingenua y candorosa joven. Pero ¿no veis, señora marquesa como se juntan á la vez dichas sin cuento? En el momento que tenía el honor de hablar ayer con vos en el bosque de Compiègne, un caballero se presentó en casa de mi madrina y tomó apuntes sobre su situación y sobre la mía; ese caballero es empleado en la corte, y habiendo sabido no sé cómo que mi madrina era viuda de un valiente oficial del rey, desea, según manifestó, recomendarnos al ministro de la guerra.

—Querida Cecilia, los poderosos no buscan protegidos ni desgraciados, porque se reservan su influencia para sí y para... sus pasiones. Ese caballero es un intrigante.

—No lo creáis, señora marquesa, las vecinas de mi madrina que le vieron han dicho que se llamaba... se llamaba... ¡Oh! no lo recuerdo, dijo Cecilia haciendo memoria, pero hay un rey de Francia que lleva por apodo su nombre... ¡Ah! ya me acuerdo! es M. Lebel (1).

—Lebel! exclamó la marquesa; Lebel, el primer

(1) Lebel, primer ayuda de cámara de Luis XV, era el ministro secreto de los placeres del monarca.

ayuda de cámara del rey! ¡Qué sospecha... y qué idea!

—¿Cómo, señora, ese hombre sería?..

—Silencio! silencio! dijo madama de Pompadour interrumpiéndola, no digáis una palabra más, hija mía.

En aquel momento la señorita Mauricio abrió la puerta del gabinete y entró rápidamente y desfavorida.

—El rey, el rey, señora, que se impacienta y viene á buscaros acompañado del canciller y del duque de Richelieu: ya suben por la escalera principal.

—Retiráos, Cecilia, dijo madama de Pompadour levantándose precipitadamente; ya terminaremos nuestra conversación mañana... Venid al pabellón de los Cisnes, al extremo del jardín del castillo... ó más bien Mauricio irá á buscaros á vuestra casa y os acompañará hasta allí.

—Señora, os pido un favor... permitid que os bese la mano, dijo la joven turbada con aquella peripecia.

—No, quiero estrecharte contra mi corazón, Cecilia.

La sobrina de Poussin se arrojó en los brazos de la marquesa que la estrechó afectuosamente contra su seno.

—Hasta mañana, Cecilia, hasta mañana!... Pero salid al momento... Mauricio no os separéis de ella hasta que salga del castillo.

—Fiad en mí, señora.

La marquesa volvió á sentarse tranquilamente en el sillón que acababa de dejar con tal agitación

un momento antes, compuso su ademán, se puso á *Loquilla* sobre su falda y empezó á mover con las tenacillas de acero el fuego de la chimenea.

Apenas había terminado sus preparativos de calma y frialdad afectada, cuando se oyó la voz del ujier que gritaba:

—¡El rey!

III

El pabellón del Mogol

El pabellón de los Cisnes, que tenía también el nombre del Mogol, porque Luis XIV había mandado colocar en este sitio las rarezas artísticas traídas de la Persia y del Japón por el célebre viajero Tavernier, se hallaba en el extremo oriental del castillo de Compiègne, no lejos de un estanque de mármol dibujado por Lenotre, y en el cual juguetaban esos brillantes palmídeos que son las gacelas de las aguas. El pabellón de los Cisnes había sido el punto de cita de caza para las damas del siglo XVII; habitáronlo una tras otra la señorita de Lafayette, la casta querida de Luis XIII, y madama de Montespan, la altiva favorita de su hijo, y la marquesa de Pompadour se refugiaba en él du-

rante la permanencia de la corte en Compiègne, para huir de la cansada turba de aduladores y de las nubes de incienso y de las flores que la rodeaban en sus aposentos oficiales.

La favorita de Luis XV había dado á tan delicioso retiro todo el encanto de la juventud y el brillo de su primitivo destino; al lado de las porcelanas, barnices y vivas pinturas de la China y del Japón, y de las maravillas de marfil, de ébano, de plumas y de seda de los artífices de Agra y de Isbahan, la marquesa había inaugurado una preciosa galería que contenía cuadros de las tres escuelas modernas de pintura florentina, holandesa y francesa. Distinguíanse entre aquella confusión de páginas inmortales, en aquella multitud caprichosamente agrupadas de obras maestras inapreciables, madonas de Rafael cerca de escenas burlescas de Van-Ostade; fiestas campestres del antiguo Téniers no lejos de suaves composiciones de Lesueur; y los encantadores lienzos de Vander-Meulen, de Mieris, de Rembrand, de Gerard Dow se confundían con los gaudiosos poemas de Rubens, de Felipe de Champagne, del Ticiano, del Españafoleto y del Dominiquino. Finalmente, veíase en medio de todas aquellas concepciones variadas del genio de la pintura, cual en medio de un mar de diamantes se alza una perla en su azulada concha, los pastores de la Arcadia. *Et ego in Arcadia!* la sublime idea, el sublime cuadro de nuestro gran Poussin.

Madama de Pompadour estaba sentada delante de un caballete, copiando con ademán pensativo una *Diána cazadora* de Lebrun, y de vez en cuan-

do interrumpía una tarea á que se dedicaba habitualmente con afición para prestar oído á los rumores que salían de los aposentos exteriores. Veíase á su lado con la espada ceñida al talle, el sombrero debajo el bazo y condecorado con el cordón de San Miguel, que acababa de concederle Luis XV, el pintor célebre que la favorita había elegido por maestro, Carlos Andrés Vanloo. El artista vestía una magnífica casaca de terciopelo negro y un chaleco de paño bordado en oro, y la parte inferior de su vestido correspondía al opulento, elegante y gracioso traje de corte, de que pueden mofarse á su sabor nuestros petimetres modernos, pero que revelaba la urbanidad de nuestras costumbres y la superioridad de la sociedad francesa.

Dos pasos más allá del caballete y cerca de un balcón que daba á uno de los caminos del bosque, estaba la señorita Mauricia, apoyada en una consola y acechando al parecer con ansiedad la llegada de alguna persona importante.

—¿No ves á nadie, Mauricia? preguntó la marquesa dejando con impaciencia su varilla, su paleta y sus pinceles.

—A nadie, señora; pero aun es temprano, sólo son las nueve.

—¡Las nueve! ¿V si Lebel ha cercado la casa durante la noche y se opone á la salida de Cecilia?

—No os forjéis, señora, quiméricos temores. Por otra parte, ¿no enviásteis á Laverdure, el más inteligente y esforzado de vuestros servidores? Dejad vuestra inquietud que él sabrá frustrar los planes

de Lebel; y en caso necesario, dar una buena lección á sus satélites.

—Sí, pero ¡cuánto escándalo!... y es precisamente lo que quiero evitar, dijo la favorita apoyando su mano blanca y perfecta como la de una Venus antigua sobre la mesita de su caballete.

—¿Queréis, señora, dijo Vanloo, que vaya á esperar á la señorita Cecilia Poussin?

—No, no, querido Vanloo; os necesito aquí. ¿Recordáis las instrucciones que os he dado respecto de esa joven?

—Las recuerdo muy bien, señora, y os las repetiré si lo deseáis. Serviros y honrar la memoria de uno de los más grandes pintores de Francia es una doble misión muy preciosa para un artista para que pueda olvidar una sílaba de lo que debo hacer.

—¿Habéis hecho ya todos los preparativos para ese viaje tan precipitado?

—Todos, señora marquesa; mi silla de posta nos espera en un camino poco frecuentado á trescientos pasos del castillo. La custodian dos criados bien armados y resueltos, y nos espera para partir al momento á todo escape.

—Muy bien, querido Vanloo; gastad lo que se necesite, doblad, triplicad los tiros... pero llegad sobre todo pronto á Italia.

—La señorita Cecilia y Laverdure llegan!—exclamó la señorita Mauricia; no temáis ya, señora, ¡es nuestra la plaza!

Madama de Pompadour exhaló un suspiro de desahogo levantándose con precipitación. Tres minu-

tos después Cecilia y su guía estaban delante de la marquesa.

—Señora, dijo Larerdure con acento de matón de comedia, sabed que Lebel y los suyos custodiaban las avenidas de la casa de esta señorita, pero yo burlé sus ardidés, y entrando en la casa sin ser visto, hice salir á la señorita por la tapia del jardín con el auxilio de esta cuerda de que felizmente iba preparado. El primer peligro ha pasado ya, pero Lebel y sus acólitos, cansados de esperar, podrían advertir nuestra fuga y dirigirse hacia aquí, de modo que es preciso tomar las de villadiego cuanto antes, ó de lo contrario nos expondríamos á saludar á M. Lebel y á los suyos á balazos, añadió el criado haciendo chocar las pistolas en sus bolsillos.

Para Cecilia era un enigma cuanto decía el criado, pues la pobre muchacha ignoraba que la hermosura es en muchas circunstancias un peligro, hasta trocarse en causa de deshonor, de vergüenza y de pesar. Por eso preguntó á madama Pompadour cuál era la significación del extraño lenguaje de Laverdure.

—Hija mía, respondió la marquesa, no solamente os auxilio en este trance sino que os salvo la honra y os conservo el aprecio de vos misma y del mundo. Vais á partir al instante á Roma, ciudad que fué la morada predilecta de vuestro tío, quien dejó su habitación del Louvre en París para ir á vivir en su pobre casita de la strada Balbi en Roma. Sabed, querida Cecilia, que M. Vanloo, uno de los discípulos del gran Poussin, os acompañará con la

señorita Mauricia. Vuestra madrina se reunirá con vos á Marsella, y gozaréis ambas en Roma una felicidad que no hubieráis logrado en París ni en Versalles sino á costa de lo que hay de más caro en el mundo para nosotras: el pudor y la fama.

—Ved lo que escribo al embajador de Francia en Roma, añadió la marquesa tomando una carta de encima de la mesa; oid y sabed las intenciones que abrigo respecto de vos hija mía.

«Señor embajador: Os confío uno de los nombres más célebres de Francia y una de las más hermosas y nobles jóvenes de nuestra patria; su sangre vale tanto como la de los Montmorency y los Choiseul, y su belleza corre parejas con la de las La Valliere y las Chateauroux (1), pero no es mi ánimo que sufra los contratiempos de que ellas fueron víctimas. Sed en Roma para ella, señor embajador, un padre, un tutor un guía y un amigo; dadla un esposo, y que la dote de 50,000 escudos que le aseguro, y que M. Vanloo os entregará de mi parte, forme unida á su nombre uno de los mejores partidos de Europa y del mundo. Fuerza es que Roma, que dió sepulcro ilustre al gran Poussin, dé ahora un esposo á la heredera de su nombre. Confío, señor embajador, en que accederéis á mis deseos, y que haréis por la sobrina de Poussin cuanto desea y hasta exige vuestra servidora la marquesa de POMPADOUR.»

(1) Madama de La Valliere, querida de Luis XIV, murió siendo monja carmelita, y la duquesa de Chateauroux, querida de Luis XV, murió en la flor de su edad... víctima de una enfermedad desconocida.

—Señora marquesa! querida protectora! exclamó Cecilia arrojándose á los pies de la favorita.

—Decid más bien vuestra amiga, vuestra madre, añadió la marquesa indicándole su caballete, sus lienzos y el sublime cuadro de la *Arcadia* de Poussin; ¿no véis que también soy de la familia?

—Démonos prisa á partir señora marquesa, ó de nada respondo, dijo Laverdure que durante la conversación estaba de atalaya en la ventana.

—Sí, forzoso es que nos separemos, hija querida. Adiós añadió la marquesa estrechándola con ternura entre sus brazos, tal vez no os veré ya más... pero mi memoria quedará en vuestro corazón, y esta confianza bastará para mi ventura.

—Y para la mía, señora, pues no puedo consagrarnos toda mi vida.

Cecilia Poussin bajó llorando de gratitud, y quizás también de pesar por salir de Francia, la escalera de mármol del pabellón de los Cisnes, seguida de Vanloo, de la señorita Mauricia y de Laverdure. Al subir con Vanloo á la silla de posta que iba á llevarla á la ciudad eterna, Cecilia vió de lejos á madama Pompadour que le daba el último adiós agitando su pañuelo.

—¡Dios mío, qué buena y que hermosa es! exclamó la joven enviando un beso á la que la arrancaba de la miseria y la deshonra.

—¡Y qué desconocida está! exclamó el pintor suspirando.

Seis meses después de haberse separado de madama de Pompadour, la señorita Cecilia Poussin se casó en Roma con el duque de Morinelli, aliado

de los Colonnas y cabeza de una de las más nobles familias de Pisa.

Voltaire supo en su castillo de Ferney la conducta observada por la favorita con la huérfana de los Andelys, y dijo:

—Aplaudo la noble acción de la marquesa de Pompadour; ha hecho por la sobrina del gran Poussin lo que hice por la del gran Corneille.



